

Isaac Deutscher

# Trotsky

el profeta desarmado

UN AÑO EN ALMA ATA



*Ediciones*

**MASAS**

*La Paz - Bolivia*

*Julio 2022*

*El deportado y su familia fueron metidos en un automóvil de la policía que, en seguida, a plena luz del día, recorrió a gran velocidad las calles de Moscú , llevándose sin que nadie se diera cuenta al jefe de la Revolución de Octubre y fundador del Ejército Rojo*

## UN AÑO EN ALMA ATA

En una pequeña estación desierta a unos 50 kilómetros de Moscú, el vagón en que Trotsky y su familia habían sido sacados de la capital se detuvo y fue empalmado el tren con destino al Asia Central. Serguei, deseoso de continuar sus estudios, abandonó el tren y regresó a Moscú. Sedova, enferma y afiebrada, y Liova acompañaron a Trotsky al exilio. Una guardia de unos doce hombres les servía de escolta. Desde el pasillo, a través de la puerta entreabierta del compartimiento, un centinela vigilaba al prisionero y a su esposa recostados en los bancos de madera a la débil luz de una vela. El oficial que había dirigido el arresto de Trotsky seguía al mando, y su presencia en el tren era como un grotesco recordatorio de aquel otro tren famoso, el cuartel general móvil del *Predrevvoyen*,<sup>1</sup> en el que había prestado servicios como guardaespaldas de Trotsky. "Estábamos fatigados", recuerda Sedova, "de todas las emociones y sorpresas del viaje, de la incertidumbre y la tensión de espíritu de los últimos días; ahora, descansábamos". Mientras reposaba en la oscuridad o contemplaba la infinita llanura blanca sobre la que el tren avanzaba hacia el este, Trotsky empezó a adaptar su mente a sus nuevas circunstancias. Allí estaba, arrancado del mundo con su tumulto y su fascinación, separado de su trabajo y de su lucha, y aislado de sus partidarios y sus amigos. ¿Qué sucedería ahora? ¿Y qué haría él? Se sobrepuso a su fatiga para hacer algunos apuntes en su diario o para redactar una protesta, pero descubrió, no sin cierta consternación, que había emprendido el viaje "sin útiles de escribir". Eso no le había sucedido nunca, ni siquiera durante su peligrosa huida del remoto norte en 1907. Ahora todo estaba lleno de riesgos: él ni siquiera sabía si Alma Ata seguía siendo el lugar asignado para su destierro. La inseguridad excitó su temperamento desafiante y rebelde. Comentó con su esposa que cuando menos era un consuelo saber que no moriría como un filisteo en unacómoda cama del Kremlin.

Al día siguiente el tren se detuvo en Samara y Trotsky telegrafió una protesta a Kalinin y Menzhinsky, diciendo que nunca durante su larga carrera revolucionaria ninguna policía capitalista lo había tratado en forma tan artera y mendaz como la GPU, que lo había secuestrado sin decirle adónde lo llevaban y que lo había obligado a viajar sin una muda de ropa interior, sin las comodidades elementales y sin medicinas para su esposa enferma.<sup>2</sup> Los hombres de la escolta, sin embargo, eran considerados e incluso amistosos, como lo habían sido los soldados zaristas que lo escoltaron en 1907 cuantío salió al destierro como jefe convicto del Soviet de Petersburgo. En el transcurso del viaje compraron ropa interior, toallas, jabón y otros artículos para la familia, y le llevaron comidas de las estaciones. Su prisionero todavía les inspiraba el mismo temeroso respeto que un Gran Duque, deportado bajo el antiguo régimen, habría inspirado en sus guardianes: todavía, al fin y al cabo, no había ninguna certeza de que Trotsky no volvería a encontrarse dentro de poco en el poder. Y así, cuando el

1-*Predrevvoyen*: Presidente del Consejo Militar Revolucionario

2-- El texto del certificado *ib id*.

tren llegó a Turkestán, el comandante de la escolta le pidió a su prisionero que le diera un certificado de buena conducta.<sup>3</sup> Durante el viaje, Sermux y Posnansky, los fieles secretarios de Trotsky, habían subido al tren con la esperanza de burlar la vigilancia de la GPU. Tales incidentes sirvieron para romper la monotonía del viaje.

En Pishpek-Frunze<sup>4</sup> el viaje por ferrocarril tocó a su fin. El tramo de carretera de allí a Alma Ata -unos 250 kilómetros- tuvo que ser recorrido en autobús, camión, trineo y a pie, a través de montañas cubiertas de hielo y barridas por los vientos y profundos ventisqueros, con un alto nocturno en una choza abandonada en el desierto. Por fin, después de una semana de viaje, el 25 de enero a las 3 de la mañana el grupo llegó a Alma Ata. El deportado y su familia fueron alojados en una posada llamada "Los Siete Ríos" en la calle de Gogol. La posada "data de los tiempos de Gogol", y el espíritu del gran satírico que rondaba sobre ella parece haber sugerido a Trotsky muchas de sus observaciones sobre Alma Ata y el estilo de las frecuentes protestas que habría de enviar desde allí a Moscú.

A fines de la década de los veinte, Alma Ata era todavía una pequeña ciudad de carácter totalmente oriental. Aunque famosa por sus bellos jardines y huertas, era un recoveco kirguiziano, lleno de barrios pobres y adormilado, tocado apenas por la civilización y expuesto a terremotos, inundaciones, heladas y abrasadoras ondas cálidas. Estas últimas traían consigo densas tolvánicas, paludismo y plagas de sabandijas. La ciudad estaba destinada a ser el centro administrativo de Kazajstán, pero la administración republicana apenas empezaba a formarse. Mientras tanto, los funcionarios requisaban todos los alojamientos disponibles, y los barrios pobres estaban más superpoblados que de costumbre. "En el centro, a lo largo de la plaza, toda sucia, sentados delante de las tiendas, tomaban el sol los kirguises, tentándose el cuerpo en busca de insectos".<sup>5</sup> La lepra no era desconocida, y durante el verano que Trotsky pasó en Alma Ata los animales fueron atacados por la peste y los perros rabiosos corrían aullando por las calles.

Ese mismo año la vida en Alma Ata se hizo más miserable aún debido a la continua escasez de pan. En el término de unos cuantos meses después de la llegada de Trotsky, el precio del pan se triplicó. Largas colas se formaban frente a las pocas panaderías. Otros alimentos escaseaban más aún. No había servicio regular de transportes. El correo era errático y el Soviet local trató de regularizarlo con la ayuda de empresarios privados. Lo sombrío del lugar y la impotencia y pobreza mental de los caciques locales están bien ilustrados en el siguiente fragmento de la correspondencia de Trotsky: "El otro día el periódico local escribió: En la ciudad funcionan rumores de que no va a haber

---

3-El texto del certificado *ib id.*

4-La ciudad de Pishpek acababa de ser rebautizada en honor de Frunzo, el sucesor de Trotsky como Comisario de la Guerra.

5-Mi vida, tomo II. p. 439

pan, mientras llegan numerosas carretas cargadas de pan'. Las carretas en realidad están llegando, pero entretanto los rumores funcionan, el paludismo funciona, pero el pan no funciona."

Aquí, pues, habría de vivir Trotsky. Stalin estaba decidido a mantenerlo tan lejos de Moscú como fuera posible y a reducirlo a sus propios recursos. Los dos secretarios de Trotsky fueron arrestados, uno mientras viajaba desde Moscú y el otro en Alma Ata. y deportados a otros lugares. Por el momento, sin embargo, Stalin parecía no tener otros designios en relación con su enemigo, y la GPU todavía trataba a Trotsky con una consideración que habría sido inconcebible más tarde. Se encargó de hacerle llegar su enorme biblioteca y sus archivos, que contenían importantes documentos de Estado y del Partido, enviándolos en un camión que llegó a Alma Ata poco después. Trotsky protestó ante Kalinin, Ordzhonikidze y Menzhinsky por las condiciones que le habían impuesto, exigiendo mejor alojamiento, el derecho a ir de cacería e incluso que le mandaran su perro desde Moscú. Se quejó de que lo mantenían en la posada de la calle Gogol sólo porque así le convenía a la GPU y de que su destierro era un encarcelamiento virtual. "Lo mismo podían ustedes haberme encarcelado en Moscú; no había necesidad de deportarme, a 4.000 verstas de distancia".<sup>6</sup> La protesta surtió efecto. Tres semanas después de su llegada le dieron un departamento de cuatro piezas en el centro de la ciudad. en el número 75 de la calle Krasin, llamada así en honor de su amigo fallecido; y le permitieron hacer excursiones de cacería. Envió nuevos telegramas sarcásticos a Moscú, haciendo exigencias, algunas serias, otras triviales, y mezclando pequeñas disputas con grandes controversias. "Maya, mi consentida Maya era su perra favorita!", le escribió a un amigo, "no sospecha siquiera que se encuentra ahora en el centro de una gran lucha política." Se negaba, por decirlo así. a considerarse cautivo, y sus victimarios hicieron un despliegue de benevolencia.

Trotsky parecía ahora casi apacible, después de tantos años de trabajo y tensión incesantes. Así, inesperada y extrañamente, los primeros meses de su permanencia en Alma Ata estuvieron rodeados de una atmósfera cuasi idílica. La estepa y la montaña, el río y el lago volvieron a atraerlo como nunca desde su infancia. La caza lo seducía, y en su voluminosa correspondencia los razonamientos y los consejos políticos están entremezclados a menudo con poéticas descripciones del paisaje y con humorísticos relatos de sus excursiones de cacería. En un principio se le negó autorización para salir de Alma Ata. Después se le permitió cazar, pero no a una distancia mayor de veinticinco verstas de la ciudad. Trotsky le telegrafió a Menzhinsky que haría caso omiso de la restricción porque en el perímetro prescrito no había más que caza menor, que a él no le interesaba; era preciso que se le autorizara a alejarse cuando menos setenta verstas, y que Moscú informara sobre esto a la GPU local para evitar dificultades. Trotsky fue hasta donde quería y no hubo dificultades. A continuación protestó ante el jefe de la GPU local porque era seguido en forma ruda y conspicua por los policías,

6- De una protesta enviada a principios de febrero. *The Trotsky Archives*

y declaró estar dispuesto a “declararse en huelga” y dejar de cazar, a menos que esa forma de vigilancia policíaca fuera ordenada directamente por Moscú, en cuyo caso él comprendería la posición de la GPU local y retiraría su protesta. La vigilancia se hizo menos estricta y conspicua.

Trotsky había empezado a cazar desde su llegada y continuó haciéndolo mientras duró la migración primaveral de los animales a lo largo del río Ili. Algunas de las excursiones duraban hasta diez días y eran fatigosas y estimulantes. En las cartas a sus amigos describió orgullosamente sus triunfos de cazador. En un principio pernoctaba en chozas de adobe kirguisianas o en *yurtas* plagadas de insectos, durmiendo en el suelo junto a una docena de nativos, hirviendo agua sucia para preparar té y conteniendo a duras penas las náuseas. “La próxima vez”, anunció, “dormiré al aire libre y obligaré a todos mis compañeros a hacer lo mismo”<sup>7</sup> La próxima vez. en efecto -y era a fines de marzo-, el grupo de cazadores permaneció a la intemperie nueve días con sus noches, con temperatura de helada. En una ocasión, cruzando un río a caballo, Trotsky resbaló de la silla y cayó al agua. Las piezas cobradas no fueron muchas: “unos cuarenta patos en total”. Ciertamente, le escribió a los amigos, que más lejos junto al lago Baljash, podían encontrarse presas mayores, incluidos leopardos de nieve y tigres: pero “he decidido firmar un pacto de no agresión con los tigres”. “Disfruté enormemente... esta recaída temporal en la barbarie. No se viven a menudo experiencias como la de pasar nueve días con sus noches a la intemperie, sin tener que lavarse, vestirse y desvestirse. comiendo venado cocinado en una paila, cayendo en el río desde un caballo (ésta fue la única vez que tuve que desvestirme) y pasando días y noches sobre un pequeño tronco en medio del agua, las piedras y las cañas”.<sup>8</sup> Terminada la temporada de caza, comenzó la de pesca; y entonces la propia Natalia Ivanovna se unió al grupo, aunque la pesca no era ningún placer de fin de semana como el que disfrutaba un habitante de la ciudad jugando con sus avíos de deportista, pues cada excursión era una prolongada y ardua tarea con grandes botes, cargas pesadas y difíciles maniobras de navegación.

A principios de junio, cuando las ondas cálidas se hicieron sentir en Alma Ata, la familia se mudó a una *dacha* en las estribaciones de las montañas en las afueras de la población, donde habían alquilado una alquería con techo de paja rodeada por un gran huerto de manzanos. Desde la casa podían ver la ciudad a sus pies, la estepa hacia un lado, en la distancia, y hacia el otro las sierras nevadas. Cuando caían los pesados aguaceros, el techo de paja goteaba y todos corrían al desván, con pailas, vasijas y cacerolas. En el huerto se construyó una choza de madera que hacía las veces de estudio y taller de Trotsky. Pronto se vio atestada de libros, periódicos y manuscritos; y el teclear de una vieja máquina de escribir resonó por todo el huerto. Desde su mesa de trabajo Trotsky observó cómo un arbusto se abría paso a través de una hendidura en el piso de la choza y en poco tiempo alcanzaba sus rodillas. Todo esto subrayaba el “carácter efímero” de

7- *The Trotsky Archives*.

8- De una carta fechada el 10 de abril de 1928 (sin destinatario), en *The Trotsky Archives*.

la residencia, pero era un alivio haber escapado de la ciudad, donde ahora la gente, en medio de las tolvaderas, perseguía y mataba a tiros a los perros rabiosos en las calles. Durante los primeros meses, tanto Trotsky como Sedova habían sido atacados por el paludismo y habían vivido a base de una "dieta de quinina"; ahora los accesos de fiebre casi habían cesado. <sup>9</sup>

El deportado tenía que ganarse la vida. Ciertamente era que recibía una pensión oficial, pero la suma era una friolera y, aunque la familia era pequeña y sus necesidades muy modestas, la pensión no bastaba para hacer frente a los precios cada vez más elevados de los alimentos. La *Gosizdat*, o Editorial del Estado, acababa de suspender la publicación de las *Obras* de Trotsky. de las que hasta entonces habían aparecido trece volúmenes. Éstos habían sido desterrados ya de las librerías y las bibliotecas públicas. La cabeza de Trotsky estaba llena de nuevos proyectos literarios. Pensó en escribir un estudio sobre la revolución en Asia y reunió un número considerable de obras de consulta sobre China y la India. En otro libro planeaba resumir el desarrollo de los acontecimientos en Rusia y el mundo a partir de la Revolución de Octubre. Inmediatamente después de su llegada a Alma Ata se puso a trabajar en una enunciación detallada de los principios de la Oposición, que habría de ser presentada al VI Congreso de la Internacional Comunista, convocado para el verano. Sus amigos, especialmente Preobrazhensky, lo instaron a que escribiera sus memorias. En abril ya estaba trabajando en ellas, rememorando, con la ayuda de viejos periódicos del sur y mapas de Nikoláiev y Odesa, la imagen de su infancia y su juventud con que habría de comenzar *Mi vida*.

Ninguno de estos escritos, sin embargo, podía proporcionarle ingresos, pues no había posibilidad de que fueran publicados. Sin embargo, aun un hombre deportado bajo el artículo 58, por "actividades contrarrevolucionarias", podía seguir ganándose la vida como traductor, sub-editor y corrector de pruebas. Cuando resultó que los autores que se le permitiría traducir, o cuyas obras traducidas él había de revisar, eran Marx y Engels, Trotsky aceptó el trabajo con entusiasmo. Riazánov, su viejo amigo, que entonces era Director del Instituto Marx-Engels en Moscú, estaba preparando la edición completa en ruso de las *Obras* de Marx y Engels; y le pidió a Trotsky que tradujera *Herr Vogt*. En este extenso y poco conocido texto polémico, Marx había replicado a las calumnias de que le había hecho objeto Karl Bogt, quien, según se descubrió más tarde, era un agente de Napoleón III. Al leer esta andanada por primera vez, Trotsky comentó que si Marx había necesitado varios centenares de páginas para refutar las acusaciones de Bogt, a su traductor le haría falta "toda una enciclopedia" para refutar las calumnias de Stalin. Riazánov le pidió a continuación que revisara las traducciones y corrigiera las pruebas de los demás volúmenes de Marx y Engels, cosa que él hizo. <sup>10</sup>

---

9- Véase la carta de Trotsky a Rakovsky fechada el 14 de julio. *Ibid*.

10- En una de sus cartas Trotsky mencionó que también estaba traduciendo los escritos de Thomas Hodgkin. "el socialista utópico inglés".

La correspondencia de Trotsky con Riazánov pone de manifiesto la modestia y la meticulosidad con que el primero se aplicó al trabajo: en ella aparecen críticas detalladas, casi pedantes, del estilo de las traducciones y minuciosas sugerencias para mejorarlo. La correspondencia es totalmente apolítica y rigurosamente profesional. No hay ninguna alusión irónica por parte de Trotsky a la única ocupación remunerada que quedaba disponible para él en la Unión Soviética. Los honorarios que le pagaba Riazánov satisfacían las necesidades de la familia y cubrían los gastos de la enorme correspondencia de Trotsky.” <sup>11</sup>

Desde el momento de su llegada a Alma Ata, Trotsky trabajó intensamente para establecer contactos con sus amigos y partidarios dispersos por todo el país y reducidos al aislamiento y el silencio. En un principio esto sólo podía hacerse por medio del correo normal, y era necesario hacerlo bajo las condiciones más primitivas, cuando a veces era una hazaña conseguir una pluma, un lápiz, unas cuantas hojas de papel de estraza o unas pocas velas. Su hijo Liova vino a ser su “ministro de relaciones exteriores” y su “ministro de comunicaciones”, guardaespaldas, ayudante de investigaciones, secretario y organizador de excursiones de caza. Con su ayuda empezó a fluir desde Alma Ata, en todas direcciones, una corriente constante de cartas y circulares.

Dos o tres veces por semana un cartero inválido que viajaba a caballo traía el saco del correo repleto de cartas, recortes de periódicos e incluso, posteriormente, de libros y periódicos extranjeros. La censura y la GPU, indudablemente, vigilaban la correspondencia. Ésta, en su mayor parte, iba dirigida a Rakovsky, que había sido deportado a Astrakán; a Rádek, que estaba en Tobolsk; a Preobrazhensky, exiliado en Uralsk; a Smilgá, que se encontraba en Narym; a Beloborodov desterrado en Ust-Kylom, en los confines septentrionales de la República de Komi; a Serebriakov, que estaba en Semipalatinsk, en el Asia Central; a Murálov, en Tara; a Iván Smirnov en Novo-Bayazet, Armenia; y a Mrachkovsky en Voronczh. Menos sistemáticamente, Trotsky sostenía correspondencia con muchísimos otros opositores. Más tarde ese mismo año le relató a Sosnovsky <sup>12</sup> que mantenía un contacto más o menos regular con todas las principales colonias de exiliados en Siberia y el Asia Soviética en general, con Barnaul, Kaminsk, Minussinsk, Tomsk, Kolpashevo, Yenisseisk, Novosibirsk, Kansk, Achinsk, Aktiubinsk, Tashkent, Samarcanda, etc. Con las colonias en la Rusia europea se comunicaba a través de Rakovsky, quien desde Astrakán estaba encargado de los centros de la Oposición a lo largo del Volga del sur y en la Crimea, y a través de Mrachkovsky, quien desde Voronezh se mantenía en contacto con las colonias del norte. En los lugares donde había grandes centros de exiliados, las cartas y las circulares eran copiadas y remitidas a las colonias menos importantes. Desde abril empezó a

---

*11- Entre abril y octubre de 1928 Trotsky envió 800 cartas políticas, muchas de ellas tan largas como un ensayo, y 550 telegramas; y recibió 1.000 cartas y 700 telegramas. sin contar su correspondencia privada.*

*12- Carta del 7 de noviembre, en The Trotsky Archives.*

funcionar un servicio postal secreto entre Alma Ata y Moscú que entregaba y recogía correspondencia una vez cada dos o tres semanas.

En esta forma los grupos de exiliados, que crecían constantemente en número de miembros y en tamaño, formaron una comunidad con su propia intensa vida política. Trotsky era el inspirador, organizador y símbolo de la Oposición en el exilio. El estado de ánimo de los deportados distaba de haberse normalizado. Algunos se sentían desconcertados por lo que acababa de suceder. Otros veían la persecución a que estaban sometidos como apenas algo más que una broma pesada. La mayoría, en un principio, pareció estar convencida de que el triunfo de Stalin sería efímero y que los acontecimientos no tardarían en reinvidicar a la Oposición, de tal suerte que sus partidarios regresarían del exilio para ser aclamados por su previsión, su valor y su fidelidad al marxismo y al leninismo.

Dado que las condiciones en que se encontraban, con todo y ser dolorosas y humillantes, no eran todavía aplastantemente opresivas, los opositores volvieron a una forma de existencia que habían conocido bien antes de la revolución. La tarea de los prisioneros y los exiliados políticos consistía en aprovechar su ocio obligado para aclarar sus ideas, estudiar y prepararse para el día en que tuvieran que volver a asumir los deberes de la lucha directa o las responsabilidades del gobierno. Para ese tipo de trabajo las condiciones parecían propicias. En muchas colonias había hombres cultos, teóricos brillantes y escritores talentosos para quienes sus camaradas constituían un auditorio selecto. Intensos intercambios de ideas ayudaban a mantener la disciplina voluntaria y la integridad personal. Desde Alma Ata Trotsky seguía con interés ese intercambio y lo estimulaba, citando, en las cartas a sus amigos, la máxima de Goethe de que, en los asuntos intelectuales y morales, para conservar lo que se posee es necesario conquistarlo cada vez de nueva cuenta. Así las colonias se convirtieron en centros de importante actividad intelectual y literario-política. Además de los memorándums y las "tesis" sobre las cuestiones del momento, que proliferaban libremente, se emprendieron obras capitales. Rádek empezó a escribir una extensa biografía de Lenin; Rakovsky trabajaba en una Vida de Saint Simón y sobre los orígenes del socialismo utópico; Preobrazhensky escribió y completó libros sobre la economía soviética y la economía de la Europa medieval; Smilgá comenzó a escribir un libro sobre Bujarin y su escuela de pensamiento; Dingelstedt produjo ensayos sobre la estructura social de la India; y así por el estilo. Sin embargo, estas empresas intelectuales, valiosas como eran, no podían proporcionar una respuesta directa a la pregunta que ocupaba el primer plano en los pensamientos de los deportados y que los acontecimientos habrían de plantear nuevamente: ¿Ahora qué?

Aun en los remotos confines de Siberia y el Asia Central se dejó sentir el impacto de una nueva crisis social antes de terminar el invierno. La crisis se había venido gestando

durante mucho tiempo y había alcanzado su punto de peligro en el otoño, justamente antes de la deportación de los opositores. Los graneros del Estado estaban medio vacíos, el hambre amenazaba a la población urbana y ni siquiera se sabía con certeza si las fuerzas armadas podrían ser avitualladas. Colas interminables se formaban frente a las panaderías y los repetidos aumentos en el precio del pan, observados por Trotsky en Alma Ata, ocurrían en toda la Unión Soviética.

Sin embargo, a primera vista, la situación agrícola no era mala. Se había sembrado casi tanta tierra como en los mejores tiempos y se habían recogido tres cosechas excelentes en forma sucesiva. Pero una vez más el "vínculo" entre la ciudad y el campo se había roto. Los campesinos se negaban a entregar pan y a venderlo a precios fijos. Las recolecciones de granos se vieron acompañadas de motines: los recolectores oficiales eran expulsados de las aldeas y regresaban a las ciudades con las manos vacías. El campesinado tenía poco o ningún incentivo para entregar o vender sus productos cuando, ahora al igual que antes, no podía obtener a cambio de ellos ropa, calzado, implementos agrícolas y otros productos industriales. Los campesinos exigían un aumento exorbitante en el precio del trigo; y, al clamar por esto, seguían más claramente que nunca las orientaciones de los agricultores ricos.

En el Politburó, los bujarinistas y los stalinistas chocaron en relación con este problema en el momento mismo en que se unían para expulsar a los trotskistas y aplastar a los zinovievistas. Los bujarinistas deseaban apaciguar al campesinado con concesiones, mientras que los stalinistas se inclinaban, aunque todavía no se decidían, a recurrir a la fuerza. En las primeras semanas de enero, diez días antes del destierro de Trotsky, el Politburó tuvo que llegar a una decisión sobre el curso que habría de seguir la recolección de granos, e indudablemente la nerviosidad causada por la situación en el país lo movió a acelerar la deportación de Trotsky. El 6 de enero el Politburó ordenó secretamente a las organizaciones del Partido que procedieran con mayor severidad contra los campesinos que obstruyeran la recolección de granos, que obligaran a los productores agrícolas a hacer "préstamos de pan" al Estado, que resistieran con firmeza las demandas de precios más altos para los alimentos y que vigilaran de cerca a los *kulaks*. Las órdenes no dieron resultados, y cinco semanas después el Politburó tuvo que repetirlos con mayor énfasis y menos secreto.

A mediados de febrero *Pravda* dio la voz de alarma: "¡El *kulak* ha levantado la cabeza!" Finalmente, en abril, el Comité Central declaró con brusquedad, como si les hubiese tomado prestadas sus palabras a los trotskistas y a los zinovievistas, que la nación estaba amenazada por una grave crisis, y que la amenaza había sido creada por "el crecimiento del poder económico de los *kulaks*" que la política fiscal del gobierno no había logrado mantener a raya. "En conexión con la intensificada diferenciación entre el campesinado, los *kulaks*, cuya fuerza económica se hace cada vez mayor... han

adquirido el poder de ejercer una influencia considerable sobre el estado general del mercado".<sup>13</sup> Sin embargo, el Partido, decía el Comité Central, había sido y seguía siendo negligente frente a esa situación. Se decretaron medidas de emergencia bajo las cuales los *kulaks* tendrían que hacer préstamos forzados encaminados a reducir su poder adquisitivo, se requisarían existencias de granos, se pondría en vigor el precio fijo del pan, y, por último, los funcionarios y miembros del Partido inclinados a tratar al *kulak* con indulgencia serían relevados de sus puestos. Estas decisiones no fueron presentadas como una rectificación de la política aceptada, sino como medidas *ad hoc* destinadas a resolver dificultades inesperadas. Las resoluciones del Comité Central no contenían ninguna alusión a la "colectivización en masa"; tal idea, por el contrario, era rechazada enfáticamente. Sin embargo, la manera como el Comité Central explicaba la situación crítica y su insistencia en el peligro que representaban el *kulak* y la falta de acción del Partido para contrarrestarlo, indicaban ya un cambio fundamental de política. Dentro del Politburó, los stalinistas iban ganando preponderancia. Al obtener poderes para fortalecer la posición del Partido contra el *kulak*, Stalin había fortalecido su propia posición contra los bujarinistas; estaba en libertad de eliminar a éstos de muchos puestos en los niveles superiores y medios de la administración y del aparato del Partido.

La primera reacción de los trotskistas deportados frente a estos acontecimientos fue de regocijo, ironía y hasta entusiasmo. ¿No habían quedado confirmadas las predicciones de la Oposición?, preguntaron. ¿No se estaba viendo obligado Stalin a adoptar una "línea de izquierda", como la que había preconizado la Oposición? ¿Cómo podía el Partido dejar de darse cuenta ahora de quién había tenido razón y quién se había equivocado en la gran controversia de los últimos años? La mayoría de los opositores se felicitaron, confiados cada vez más en que volverían a ser llamados a desempeñar su papel en la superación de la crisis y en la rectificación de la política bolchevique. Trotsky también, en su correspondencia, se refirió a la previsión de la Oposición y dio muestras de sentirse esperanzado, aunque no compartía el optimismo de sus partidarios más entusiasmados.<sup>14</sup>

A medida que transcurrieron las semanas y se desarrolló el "viraje a la izquierda", el estado de ánimo de autofelicitación en las colonias dio paso a la inquietud y a los exámenes de conciencia. El giro que habían tomado los acontecimientos pareció poner en entredicho algunos de los principales supuestos y predicciones de la Oposición, especialmente su valoración de las corrientes políticas dentro del Partido. ¿Tuvimos

---

13- *KPSS v Rezolutsiajt vol. II, p. 373.*

14- Véase, por ejemplo, su carta a Sosnovsky del 5 de marzo de 1928, en *The Trotsky Archives*. Entre otras cosas recuerda allí las acusaciones de derrotismo que se le hicieron después que el dijo que una buena cosecha, bajo el régimen de Stalin y Bujarin, podría fortalecer al *kulak* tanto como una mala cosecha. Ahora *Pravda*, descubriendo súbitamente la fuerza del *kulak*, se refería a las tres últimas cosechas abundantes "como si hubiesen sido tres terremotos"

razón, empezaron a preguntarse algunos trotskistas, al denunciar a Stalin como el protector del *kulak*? ¿Estuvimos justificados al decir que, una vez derrotada la Oposición de izquierda, el equilibrio interno del Partido se alteraría a tal grado que la derecha bujarinista se consolidaría y barrería al centro stalinista? ¿No sobrestimamos la fuerza de los elementos conservadores en el Partido? La facción stalinista, lejos de haber sido abrumada, empezaba a abrumar a la derecha: ¿no exageramos nuestros gritos de Casandra acerca del peligro de un Termidor? ¿Y no fuimos demasiado lejos, en términos generales, en nuestra lucha contra Stalin?

La gran mayoría de los deportados ni siquiera admitían tales dudas en su mente. Pero una minoría planteaba estas interrogantes con insistencia cada vez mayor; y cada interrogante planteada acarreaba otras que ponían en tela de juicio más y más puntos del programa y la actividad de la Oposición. Las respuestas variaban según el grado de seriedad que la Oposición concedía al viraje a la izquierda de Stalin. Todavía era posible considerar la acción de Stalin contra el *kulak* como una maniobra táctica incidental que no le impediría necesariamente reanudar la política *pro-kulak*. Esto era, en verdad, lo que pensaba la mayoría de los opositores. Pero unos cuantos estaban convencidos ya de la seriedad del viraje a la izquierda, lo veían como el comienzo de una profunda transformación y reflexionaban con inquietud sobre las perspectivas de la Oposición. ¿Cómo podía la Oposición, preguntaban, mantenerse como un espectador pasivo mientras el Partido emprendía una peligrosa lucha contra los elementos capitalistas y cuasi-capitalistas en la nación, la lucha a que lo había exhortado la Oposición?

La Oposición había fundado a tal punto su propia acción en la idea de que, en todos los asuntos vitales, el ala derecha desempeñaba el papel dirigente y de que la facción stalinista, débil y vacilante, la seguía como una sombra, que el ataque inicial o preliminar de Stalin contra el *kulak* sacudió la tierra bajo sus pies. Aún en diciembre, durante el XV Congreso, Zinóviev y Kámenev habían justificado su capitulación mediante el argumento de que Stalin estaba en vías de emprender un viraje a la izquierda. Poco después, dos trotskistas eminentes, Piatakov y Antónov-Ovseienko, siguieron a su ejemplo y anunciaron su rompimiento con Trotsky. Ellos habían sido los jefes más audaces y enérgicos de la Oposición de 1923, sólo habían participado con cierta renuencia en la lucha de los últimos años, y ahora justificaban su capitulación alegando que Stalin estaba poniendo en práctica el programa de la Oposición. Los deportados en un principio recibieron la defección de Piatakov y Antónov-Ovseienko con el desprecio y el escarnio que se les reservaba a los renegados; pero los argumentos de ambos no dejaron de causar cierta impresión y de estimular las dudas íntimas.

A principios de mayo, Trotsky todavía sabía poco o nada acerca del nuevo fermento entre los exiliados; y les envió una carta en la que enunciaba sus opiniones.<sup>15</sup> Declaraba

---

15- Vcse su carta circular del 9 de mayo, en *The Trotsky Archives*.

que el viraje de Stalin a la izquierda señalaba el comienzo de un cambio importante. La Oposición, decía, tenía todo derecho a considerarse con orgullo como la inspiradora y auspiciadora de la nueva política. Ciertamente era que el orgullo debía estar teñido de tristeza cuando los opositores reflexionaban sobre el precio que habían tenido que pagar por su triunfo vicario. Sin embargo, a los revolucionarios en más de una ocasión les había tocado en suerte obligar a otros, incluso a sus enemigos, al precio de grandes o trágicos sacrificios, a cumplir partes de un programa revolucionario. Así, por ejemplo, la Comuna de París había sido ahogada en sangre pero triunfó sobre sus verdugos, pues éstos tuvieron que cumplir una parte de su programa: aunque la Comuna fracasó como revolución proletaria, hizo imposible la restauración de la monarquía en Francia y aseguró cuando menos el establecimiento de una república parlamentaria. Ésa podría ser, *mutatis mutandis*, la relación de la Oposición con el viraje de Stalin a la izquierda: la Oposición podría ser derrotada, tal vez no vería puesto en práctica su programa completo, pero cuando menos su lucha había hecho imposible que el grupo gobernante continuara su retirada frente a los elementos capitalistas e inaugurara una neo-NEP.

¿Qué debía hacer la Oposición? Estamos en el deber, replicaba Trotsky, de apoyar críticamente el viraje de Stalin a la izquierda. Bajo ninguna circunstancia debemos hacer causa común con Bujarin y Ríkov contra dicho viraje. Debemos, por el contrario, alentar al vacilante centro stalinista a que rompa definitivamente con la derecha y haga causa común con la izquierda. Una alianza entre la Oposición y sus victimarios stalinistas contra los defensores del *kulak* no debía descartarse, aun cuando la posibilidad era remota. La Oposición, ahora más que nunca, debía hacer presión en favor de la libertad dentro del Partido; y "el viraje a la izquierda facilita la lucha en favor de la democracia proletaria". Al razonar así, Trotsky era lógicamente consecuente consigo mismo: él había sostenido, desde 1923, que la principal "función" del régimen stalinista era la de defender contra los obreros a una burocracia que protegía al *kulak* y al nuevo rico de la NEP. Era natural, pues, que ahora llegara a la conclusión de que, una vez que esa burocracia hubiera dejado de proteger al *kulak* y al nuevo rico de la NEP, se acercara más a la clase obrera, buscara la reconciliación con los portavoces de ésta y les devolviera la libertad de expresión. Tanto más, por consiguiente, debía la Oposición, incluso mientras apoyaba el viraje a la izquierda, oponer resistencia a la opresión stalinista y prevenir al Partido de que mientras ésta persistiera no habría garantías de que Stalin continuaría la nueva política y no cedería una vez más ante el *kulak*. Trotsky admitía que ésta era una "actitud dual" difícil de adoptar, pero sostenía que era la única actitud justificada en las circunstancias del momento. Piatakov ya había descrito las opiniones de Trotsky como "contradictorias". "Pero todas las contradicciones", replicaba Trotsky, "desaparecen en un hombre que (como Piatakov) se lanza a un río con intención suicida".

La concepción de Trotsky tenía toda la flexibilidad dialéctica que la ambigua situación exigía de él. Consideraba la campaña de Stalin contra el *kulak* como un acontecimiento

preñado de esperanzas, e insistía tanto más firmemente en la necesidad de la libertad de crítica y discusión como la principal garantía de la validez de la nueva política. No le ofrecía a la Oposición ninguna brasa que arrimar a su sardina, sólo principios que defender. Cuando su enemigo le arrebató otra bandera, reconoció la bandera como suya y exhortó a sus seguidores a apoyar a su enemigo en una empresa que ellos habían considerado necesaria. Pero todavía le quedaban muchas otras banderas, y no iba a tirarlas. En cuanto a las perspectivas de la Oposición, Trotsky eludía los extremos del optimismo y del pesimismo: era posible que los acontecimientos obligaran a los stalinistas a buscar la reconciliación con la Oposición, y en ese caso la Oposición recobraría el liderazgo moral y político; pero la Oposición debía estar dispuesta a compartir la suerte de la Comuna de París y, a través de su martirio, llevar adelante la causa del socialismo y el progreso.

El hecho de que Trotsky viera con actitud favorable el viraje de Stalin a la izquierda y reconociera su significación positiva causó una fuerte impresión, incluso de asombro, entre sus seguidores. Vino a reforzar los argumentos de quienes entre ellos habían empezado a criticar el historial de la Oposición. Si Trotsky tenía razón ahora, se dijeron, ¿no se había equivocado anteriormente al dar voces de alarma sobre el peligro staliniano? ¿No había estimado erróneamente la política de Stalin? ¿Y actuaría correctamente la Oposición al consolarse con la idea de que la historia la reivindicaría del mismo modo que había reivindicado a la Comuna de París? ¿No deberían los trotskistas cooperar en la tremenda lucha contra la propiedad privada que tenía lugar en el país, ayudando así a hacer la historia en lugar de contar pasivamente con el veredicto anticipado de ésta? La posteridad bien podía exaltar el martirio de los comuneros, pero éstos no lucharon por la gloria del martirio, sino por objetivos que consideraban prácticos y a su alcance.

Tales razonamientos reflejaban un dilema inherente a la actitud trotskista; y la frustración producía amargura. El exilio, la inactividad forzosa y las dudas mortificantes agobiaban a los hombres vigorosos y de convicciones firmes que habían hecho una revolución, librado guerras civiles y construido un nuevo Estado. Verse expulsados del Partido al que habían dedicado sus vidas, por el que habían languidecido en las cárceles zaristas y en el que aún veían la más alta esperanza de la humanidad, era una carga bastante pesada de por sí. La carga se hacía insoportable cuando ellos se daban cuenta de que algunas de las diferencias fundamentales que los habían separado de los stalinistas se esfumaban y que el Partido empezaba a hacer lo que ellos habían deseado tan ardientemente que hiciera. A un luchador revolucionario no le resulta tan difícil sufrir derrotas, privaciones y humillaciones mientras sepa claramente qué es lo que defiende y que su causa depende exclusivamente de lo que él y sus camaradas hagan por ella. Pero aun el luchador más curtido se descorazona en una situación paradójica cuando ve que su victimario abraza su causa o una parte importante de ella. Su causa ya no parece depender de que él luche por ella o no. La lucha misma, súbitamente, parece carecer de propósito, y la persecución a que él se ha expuesto parece perder sentido.

El perseguido empieza a dudar de que sea justificado considerar a su victimario como un enemigo.

Stalin tenía un conocimiento frío y agudo de la mente conturbada de la Oposición: pero él también tenía sus dilemas. Cualquier apoyo trotskista a su viraje a la izquierda era útil, pero la ayuda trotskista le inspiraba temor. Con vacilaciones y dudas, empujado por las circunstancias, estaba tomando un camino desconocido y peligroso. Corría el riesgo de un grave conflicto con el campesinado. No midió ni podía medir de antemano el alcance y la violencia de la resistencia con que tropezaría. Se había vuelto cautelosamente en contra de sus antiguos aliados, los bujarinistas, cuya popularidad e influencia él no menospreciaba. No sabía cuán lejos podría llevarlo esta nueva lucha y qué nuevos peligros podría crearle. Al igual que Trotsky, no descartaba la posibilidad de que en una situación sumamente crítica tuviera que buscar una alianza con la Oposición de izquierda. Pero él también comprendía que eso representaría el triunfo de Trotsky, y estaba decidido a hacer todo lo que estuviera en su poder para derrotar a los bujarinistas sin tener que recurrir a la reconciliación con Trotsky. Tenía razones para temer que la fuerza de su propia facción resultara insuficiente para este fin y que sus seguidores no fueran capaces de manejar ellos solos el aparato estatal y de hacer funcionar la industria y las finanzas nacionalizadas en la nueva y difícil fase de la expansión acelerada. Los stalinistas eran, primordialmente, hombres del aparato del Partido. Los teóricos, formuladores de línea política, economistas, administradores industriales, expertos fiscales y agrícolas y los hombres de talento político se encontraban en las filas de los trotskistas, los bujarinistas y los zinovievistas. Stalin necesitaba la ayuda de hombres capaces que estuvieran deseosos de poner en práctica una política *anti-kulak* y que lo hicieran con convicción y entusiasmo. Esos hombres podía encontrarlos en la Oposición de izquierda. Se decidió, por consiguiente, a atraerse a cuantos trotskistas y zinovievistas talentosos pudiera sin ceder terreno ante Trotsky y Zinóviev. Se acercó a los trotskistas a espaldas de Trotsky. Por mediación de sus agentes intentó seducirlos con su viraje a la izquierda y trató de convencerlos de que su oposición a él había perdido todo sentido. En un principio los deportados rechazaron casi unánimemente los acercamientos, pero éstos cayeron en terreno fértil. En algunos de los seguidores de Trotsky intensificaron las dudas y la inclinación a revisar el historial de la Oposición con actitud desilusionada.

Trotsky cobró conciencia de estos hechos sólo a mediados de mayo. Beloborodov le había enviado un informe sobre las discusiones en las colonias. Otro trotskista, que aún trabajaba en el servicio diplomático de Stalin, le comunicó desde Berlín el presunto plan de acción de Stalin. Según este corresponsal, Stalin abrigaba la esperanza de mejorar su difícil posición induciendo a influyentes opositores desterrados a que se retractaran. Con su ayuda esperaba llevar a la práctica el viraje a la izquierda y darle el golpe de gracia a Trotsky. Incluso había aplazado la iniciación definitiva del viraje

a la izquierda hasta que se hubiese asegurado la capitulación de muchos trotskistas importantes. Todo dependía ahora de que tuviera éxito en esta empresa. Si la Oposición lograba frustrarlo, si no se veía debilitada por las defecciones y si resistía cuando menos hasta el otoño, cuando Stalin descubriría que su propia facción era incapaz de afrontar las dificultades, entonces la Oposición tendría todas las oportunidades de recuperar la iniciativa y volver al poder. Pero si Stalin lograba minar la moral de la Oposición y si los capituladores trotskistas acudían en su auxilio, entonces se sostendría en el poder, aplastaría a los bujarinistas y llevaría adelante el viraje a la izquierda sin tener que hacer las paces con Trotsky y los partidarios impenitentes de éste. El corresponsal temía que Stalin estuviera a punto de salirse con la suya: la moral de la Oposición estaba peligrosamente quebrantada y eran muchos los opositores que se sentían dispuestos a poner fin a la lucha. <sup>16</sup>

Trotsky. según parece, no creía que la moral de la Oposición estuviese tan minada. Había habido muy pocas capitulaciones entre los deportados. Un caso notorio fue el de Safárov, el antiguo dirigente de la Komsomol, quien firmó una fórmula de retractación y fue llamado a Moscú. Sin embargo, el caso de Safárov era excepcional en cuanto que él no era trotskista. Había pertenecido a la facción de Zinóviev, pero en un principio se negó a capitular junto con su jefe, se fue al exilio con los trotskistas y sólo posteriormente, al reconsiderar su actitud, capituló. Su conducta, al parecer, no tenía relación con el estado de ánimo prevaleciente entre los trotskistas. Y sin embargo, cuando Safárov intentó justificarse, expresó algo que tocó una fibra en ellos también: "¡Ahora todo se va a hacer sin nosotros!", exclamó. "Todo" significaba la campaña contra el *kulak* y el nuevo rico de la NEP, la expansión del sector socialista de la economía, la industrialización acelerada y tal vez la colectivización de la agricultura, pues todos estos aspectos del viraje a la izquierda estaban ligados entre sí. A los trotskistas también les amargaba la idea de que el gran cambio, esta "segunda revolución", fuera a llevarse a cabo sin ellos. Cuanto más desinteresadamente subrayaba Trotsky la deseabilidad y el carácter progresista de las últimas medidas de Stalin y cuanto más insistía en el deber que tenía la Oposición de apoyarlas, tanto mayor era la frustración entre sus seguidores, tanto mayor era la ansiedad con que éstos reflexionaban sobre los aciertos y los errores de la política de la Oposición, y tanto más agudamente sentían que, expulsados del Partido, en el aislamiento en que se encontraban, no tenían posibilidad de brindar ningún apoyo práctico al viraje a la izquierda.

Antes de terminar el mes de mayo Trotsky volvió a dirigirse a sus seguidores de varias declaraciones. <sup>17</sup> Defendió el historia! de la Oposición y trató de esbozar nuevas

---

16- Esta notable carta, fechada el 8 de mayo de 1928, fue escrita anónimamente desde Berlín. Trotsky había conocido a su autor, pero hacia el fin de su vida, cuando clasificó los Archivos, no pudo recordar quien era. En 1928 el autor de la carta estaba a punto de ser llamado de regreso a Rusia y preguntaba a Trotsky si no debería negarse a volver a Moscú. Trotsky, según parece, le había aconsejado ya que regresara.

17- Véanse sus cartas a Beloboródov (23 de mayo) y a Yudin (25 de mayo), en *The Trotsky*

perspectivas. Su razonamiento puede resumirse en los siguientes tres puntos:

Primero, no era cierto que él hubiese sobrestimado la fuerza de la derecha bujarinista. Ésta seguía siendo formidable. Tampoco se había equivocado la Oposición al prevenir al Partido contra el peligro termidoriano. Al hacerlo, había ayudado a mantener a raya a las fuerzas termidorianas. La acción de la Oposición y la presión de la clase obrera habían movido a los stalinistas a romper con los bujarinistas; de no haber sido así, la crisis actual los habría inducido a hacer amplias concesiones a la agricultura capitalista, provocando así, en lugar del viraje a la izquierda, un poderoso desplazamiento hacia la derecha. Trotsky temía que quienes sostenían que la Oposición había exagerado el peligro de la derecha acabarían capitulando ante Stalin.

Segundo, la Oposición no tenía razones para reprocharse por haber ido demasiado lejos en su lucha. Al contrario, debido a la timidez de Zinóviev y Kámenev, no había ido lo suficientemente lejos: "Todas nuestras actividades tuvieron un carácter propagandístico y sólo propagandístico". La Oposición apenas había apelado en algún momento, con suficiente vigor y audacia, a la militancia de base. Cuando al fin intentó hacerlo, el 7 de noviembre, Stalin trató de arrastrarla, mediante una provocación, a la guerra civil; y entonces la Oposición tuvo que replegarse.

Tercero, el hecho de que Stalin enarbolara ahora la bandera de la Oposición no debía descorazonar a ésta. La facción stalinista había iniciado una política de izquierda cuando no podía hacer otra cosa, pero no sería capaz de llevarla a sus últimas consecuencias. Por consiguiente, les aseguraba Trotsky a sus seguidores, "el Partido todavía va a necesitamos".

Estos argumentos y seguridades dejaron insatisfechos a muchos de los partidarios de Trotsky. Este no les ofrecía ninguna perspectiva clara, y aquéllos siguieron preguntando si Stalin se había vuelto contra el *kulak* definitivamente o si su viraje a la izquierda era una mera simulación; y esperaban una respuesta categórica. Trotsky no poseía tal respuesta, y probablemente el propio Stalin no sabía aún cuál era su posición definitiva. Trotsky tampoco les decía a sus seguidores cómo podrían ellos, en la posición en que se hallaban, actuar de acuerdo con sus consejos ni de qué manera podrían apoyar y oponerse a Stalin al mismo tiempo.

Ya en la primavera de 1928 se habían formado dos corrientes de opinión claramente distinguibles en las colonias trotskistas. Una de ellas la formaban quienes se consideraban obligados, por encima de toda otra consideración, a apoyar el viraje de Stalin a la izquierda, como les había recomendado Trotsky una y otra vez. Y la otra la constituían quienes se inclinaban, ante todo, a seguir oponiéndose a Stalin, como también aconsejaba Trotsky. Así, pues, las diferencias que habían existido en el seno de la Oposición Conjunta, entre los trotskistas y los zinovievistas, se reproducían

*Archives.*

ahora dentro de las filas de los propios trotskistas, dividiéndolos entre "conciliadores" e "irreconciliables". Los conciliadores todavía distaban de pensar en capitular ante Stalin, pero deseaban que la Oposición atenuara su hostilidad contra la facción de éste y se preparara para una reconciliación decorosa sobre la base del viraje a la izquierda. Sostenían que la integridad y el propio interés de la Oposición les exigían que revisaran críticamente y modificaran a la luz de los acontecimientos las concepciones básicas de la Oposición. En esta actitud se hallaban los opositores de la generación más madura, hombres de temperamento reflexivo y sosegado y en quienes el sentimiento de nostalgia por su viejo partido era sumamente intenso: y también los "burócratas esclarecidos", los economistas y administradores que se habían interesado más en el programa de industrialización y planificación económica de la Oposición que en sus demandas de libertad interna en el Partido y de democracia proletaria; y, por último, aquéllos cuya voluntad de resistencia frente al grupo gobernante había sido debilitada ya por sus sufrimientos. Dado que los individuos obedecían con frecuencia a impulsos heterogéneos, en muchos casos era casi imposible desentrañar sus motivaciones.

Los trotskistas irreconciliables eran en su mayoría hombres jóvenes, para quienes la expulsión del Partido había sido un golpe menos duro que para sus mayores; hombres a quienes la Oposición atraía por su defensa de la democracia proletaria más bien que por sus *desiderata* económicos y sociales; y los partidarios a ultranza de la Oposición, los enemigos doctrinarios de la burocracia y los fanáticos del antistalinismo. Tampoco en este grupo podían distinguirse claramente las motivaciones de los individuos. Las más de las veces los jóvenes, aquéllos para quienes el rompimiento con el Partido no representaba un trauma moral, eran también relativamente indiferentes a los complejos problemas económicos y sociales, pero respondían ardientemente al llamado de la Oposición en favor de la libertad de expresión y veían a toda la burocracia con una vehemente hostilidad que la persecución y el exilio hacían más vehemente aún.

Ambas alas de la Oposición trotskista tendían a coincidir parcialmente con otros grupos fuera de ella. Los conciliadores se acercaban más y más a los zinovievistas, a quienes hasta entonces habían despreciado. Empezaron a verlos bajo una nueva luz, y aun cuando no estaban dispuestos a seguirlos, empezaron a apreciar las razones que habían tenido para capitular, a escuchar con interés sus argumentos y a observar sus actos con simpatía. Los irreconciliables más extremos, por otra parte, descubrieron que tenían mucho en común con los impenitentes mohicanos de la Oposición Obrera y con los decemistas, encabezados por Saprónov y Vladimir Smirnov y quienes habían sido desterrados junto con los trotskistas. En su hostilidad a la burocracia, ellos habían sido mucho menos inhibidos que los trotskistas. En forma más o menos abierta habían renunciado a toda lealtad al Estado y al Partido existentes. Proclamaban que la revolución y el bolchevismo estaban muertos y que la clase obrera tenía que empezar por el principio, es decir, iniciar una nueva lucha revolucionaria a fin de liberarse de la explotación por parte del nuevo "capitalismo de Estado", la burguesía de la NEP y los *kulaks*. Para

muchos trotskistas jóvenes este mensaje claro y sencillo resultaba más convincente que los análisis cuidadosamente equilibrados y la "política dual" de Trotsky. Era más fácil de digerir, pues en él *sí* era *sí* y *no* era *no*, sin ninguna complicación dialéctica. Denunciar a Stalin como el sepulturero de la revolución, decían los deccmistas, y referirse, como hacía Trotsky, a las implicaciones progresistas del viraje a la izquierda, era absurdo; combatir a Stalin quería decir combatirlo y no apoyarlo.

Ambos grupos de trotskistas se volvían hacia Trotsky en busca de orientación, aunque cada uno se inclinaba a aceptar sólo aquella parte de sus consejos que le convenía. Ambos grupos invocaban los principios fundamentales y los intereses comunes de la Oposición. Pero a medida que las diferencias se ahondaron, el sentido de camaradería se debilitó y las suspicacias mutuas aumentaron hasta que cada uno de los grupos no llegó a tener más que gestos sañudos y palabras duras para el otro. Para los irreconciliables, sus camaradas más moderados eran hombres de poca fe, si no desertores todavía. Los moderados veían desdeñosamente a los irreconciliables como ultraizquierdizantes o anarquizantes burdos, carentes de disciplina intelectual marxista y de responsabilidad por la suerte de la revolución. Los irreconciliables sospechaban que los conciliadores, consciente o inconscientemente, trabajaban en favor de Stalin, mientras que los conciliadores sostenían que nada perjudicaba tanto a la Oposición ni ayudaba más efectivamente a Stalin que las exageraciones y los excesos de los doctrinarios y los fanáticos del trotskismo.

Los portavoces de cada uno de los grupos eran opositores de largo historial y hombres que gozaban del respeto y la confianza de Trotsky. Preobrazhensky fue el primero que habló sobre la necesidad de una actitud más conciliatoria frente al stalinismo. Él nunca había flaqueado como opositor y en su carácter no había la más leve mácula de interés personal u oportunismo. Su debilidad, si es que lo era, residía más bien en su total) desprecio por las conveniencias y la popularidad y en la consistencia teórica de sus opiniones. Preobrazhensky empezó a predicar la conciliación partiendo de una convicción profunda que podía discernirse ya en sus escritos de 1924 y 1925. Él había sido, como sabemos, el principal exponente teórico de la acumulación primitiva socialista. "El período de la acumulación primitiva socialista", había escrito en *La nueva economía*, "constituye la época más crítica en la vida del Estado socialista después de la conclusión de la guerra civil... Atravesar ese período lo más rápidamente posible y alcanzar lo antes posible la etapa en que el sistema socialista desarrolla todas sus ventajas sobre el capitalismo es, para la economía socialista, una cuestión de vida o muerte". Durante ese período el Estado socialista estaba condenado a sufrir los males de ambos sistemas: no se beneficiaría ni de las ventajas del capitalismo ni de las del socialismo. Tendría que "explotar" al campesinado para poder financiar la acumulación en el sector socialista. En relación con este punto, como se recordará. Preobrazhensky había chocado con Bujarin y la escuela neo-populista, "nuestra escuela soviética de pensamiento manchesteriano", como la motejaba él. "La presión del monopolismo

capitalista (extranjero, principalmente norteamericano)", argumentó entonces, "sólo puede ser contenida por el monopolismo socialista". Éste debe subordinar, por medio de la política fiscal y a través de un mecanismo de precios regulado por el Estado, al sector privado de la economía, especialmente a la agricultura. Al indignado grito de protesta de Bujarin, Preobrazhensky replicó: "Pero, ¿puede ser de otra manera? Para expresarlo en los términos más sencillos: ¿puede echarse el peso del desarrollo de la industria de propiedad estatal. ... sobre los hombros de nuestros tres millones de obreros industriales solamente? ¿O deben aportar también su parte nuestros veintidós millones de pequeños propietarios rurales?" Ni siquiera él había abogado por la expropiación y la colectivización forzosa de los pequeños propietarios; pero había estado más consciente que nadie de la violencia inherente en el conflicto entre el Estado y el campesinado bajo "el talón de hierro de la ley de la acumulación primitiva socialista". <sup>18</sup>

No cabe sorprenderse de que Preobrazhensky acogiera con entusiasmo el viraje de Stalin a la izquierda, que consideró como una confirmación de su propia teoría. Lo vio como un acontecimiento inevitable y absolutamente deseable. Desde el principio se sintió convencido de su tremenda significación, y su convicción fue más firme que la de Trotsky. Las diferencias entre él y Trotsky, que hasta entonces sólo habían estado implícitas en los escritos de ambos pero no habían tenido consecuencias prácticas, empezaron ahora a afectar sus respectivas actitudes. Trotsky nunca se había comprometido con la opinión de que el Estado obrero debía "explotar" al campesinado. En todo caso, nunca había expuesto tal opinión de manera tan franca como Preobrazhensky. Y tampoco había abogado por un ritmo de industrialización tan forzado como el que éste había previsto. El teorema de Preobrazhensky en *La nueva economía* no era incompatible con el socialismo en un solo país; había implicado que la acumulación primitiva, la parte más difícil de la transición del capitalismo al socialismo, podría lograrse dentro de un solo Estado nacional industrialmente subdesarrollado. Por último, a diferencia de Trotsky, Preobrazhensky se había referido a la "fuerza objetiva de las leyes" de la transición al socialismo, fuerza que se impondría por sí misma y obligaría a los dirigentes del Partido a actuar aun a pesar suyo como agentes del socialismo. La nacionalización de toda la gran industria, sostenía, conducía ineluctablemente a la economía planificada y a la industrialización rápida. Al oponerse a estas dos cosas, los stalinistas y los bujarinistas se oponían a una necesidad histórica, una necesidad que sólo la Oposición había visto a tiempo y había tratado de hacerles ver a los bolcheviques. Stalin y Bujarin podrían derrotar a la Oposición, pero "no podrían burlar las leyes de la historia". "La estructura de nuestra economía estatal, (que) a menudo demuestra ser más progresista que todo el sistema de nuestra dirección económica", los obligaría a la larga a llevar a la práctica el programa de la Oposición.

Estas ideas, que en los escritos anteriores de Preobrazhensky eran poco más que digresiones e insinuaciones, ahora llegaron a gobernar todos sus pensamientos. El Stalin

18- Véase el Capítulo V, pp. 222-227.

que le declaraba la guerra al *kulak* no era a sus ojos sino el agente inconsciente y remiso de la necesidad. En tanto que Trotsky todavía contemplaba el viraje a la izquierda en actitud un tanto incrédula y se preguntaba si no sería una mera modificación provisional, a Preobrazhensky no le cabía duda de que Stalin no estaba jugando, de que no podría dar marcha atrás en su nueva política de izquierda, de que se vería obligado a hacerle la guerra cada vez más despiadadamente al *kulak*, y de que esto creaba una situación completamente nueva para el país en general y para la Oposición en particular. Insistía en que el país se encontraba al borde de una tremenda transformación revolucionaria. Los *kulaks*, decía, seguirían negándose a vender granos y amenazarían a las ciudades con el hambre. Los campesinos medios y pobres no serían capaces de suministrar alimentos suficientes, y el ataque oficial al *kulak* concitaría también su hostilidad y desembocaría en un choque colosal entre el gobierno y el grueso del campesinado. En un trabajo escrito en la primavera de 1928, Preobrazhensky sostuvo que las amenazas de Stalin y las medidas de emergencia habían desatado ya en el país una tempestad tan violenta que, para poder calmarla, el gobierno tendría que hacerle concesiones tan vastas y peligrosas al capitalismo, que no sólo Stalin, sino Bujarin y Ríkov, se negarían a hacerlas.<sup>19</sup> Sólo una política drásticamente derechista o drásticamente izquierdista podrían evitar una calamidad, y todo indicaba que Stalin se movería más hacia la izquierda.

¿Cuál debería ser el papel de la Oposición en este período de cambio? La Oposición, planteaba Preobrazhensky, había actuado como el interprete consciente de una necesidad histórica. Había demostrado una previsión superior: sus ideas "se reflejaban en la nueva política de Stalin como en un espejo deformador". La crisis actual no habría sido tan grave si el Partido hubiese seguido antes los consejos de la Oposición. La Oposición debía seguir preconizando la industrialización acelerada, y debía insistir con el mismo vigor de siempre en la democracia proletaria. Sin embargo, aunque la Oposición había interpretado correctamente las necesidades de la época, no le había sido dado satisfacer esas necesidades en la práctica. Stalin y sus partidarios se estaban haciendo cargo de la tarea práctica. Ellos eran los agentes de la necesidad histórica, aun cuando no la habían entendido y durante largo tiempo se le habían resistido. La Oposición, pues, había errado en alguna parte. Había exagerado el peligro de la derecha y la connivencia de Stalin con el *kulak*. Había juzgado erróneamente las tendencias dentro del Partido y su relación con las clases sociales fuera de éste, un grave error por parte de cualquier marxista. A la Oposición, por consiguiente, le correspondía modificar su actitud y contribuir a un reaceramiento con la facción stalinista.

Con esta finalidad en mente, Preobrazhensky propuso que la Oposición solicitara autorización oficial para convocar a una Conferencia de sus miembros, en la que estarían representadas todas las colonias de exiliados, con el fin de examinar la nueva situación

---

<sup>19</sup>- Véase "*Levyi Kurs v Derevnii i Perspektivy*", de Preobrazhensky, en *The Trotsky Archives*

y la conducta de la Oposición. Trotsky había hablado de la posibilidad y deseabilidad de una alianza entre la izquierda y el centro contra la derecha, pero no había propuesto ninguna acción para convertirla en realidad. Preobrazhensky no se contentaba con esto. Si tal alianza había de materializarse, argumentaba, el momento era ahora, cuando los stalinistas golpeaban a la derecha; y el deber de la Oposición consistía en actuar y no en esperar hasta que la fuerza misma de las circunstancias produjera la alianza... porque tal vez nunca la produciría.

Trotsky se opuso de plano a la proposición de Preobrazhensky. Sostuvo que, aunque una coalición centro-izquierdista era deseable en teoría, la Oposición no podía hacer nada para materializarla. El carcelero y los encarcelados no eran aliados. Él pensaba que Preobrazhensky exageraba en su valoración del viraje a la izquierda: pero, aun cuando no fuera así, el abismo entre el stalinismo y la Oposición permanecía abierto. La persecución continuaba. El Partido todavía estaba privado de su libertad, y su régimen interno se hacía cada vez peor. El dogma de la infalibilidad del Jefe estaba establecido y se aplicaba lo mismo al pasado que al presente. Toda la historia del Partido era falsificada para ajustarla a las exigencias de ese dogma. Bajo tales condiciones, la Oposición no podía dar ningún paso para llegar a un entendido con la facción gobernante. Sería deshonesto para ella pedir permiso a sus victimarios para celebrar una Conferencia: la mera petición olería a capitulación.<sup>20</sup>

En el mes de mayo las colonias de exiliados discutieron la proposición de Preobrazhensky. Ésta fue la primera prueba de la reacción de los desterrados frente a la nueva política de izquierda. La proposición fue rechazada categóricamente. La gran mayoría estaba en actitud irreconciliable, veía con escepticismo el viraje a la izquierda, se inclinaba como antes a ver en Stalin al defensor del *kulak* y al cómplice de los termidorianos, confiaba en la causa de la Oposición y se resistía a pensar en cualquier revisión de su actitud.

A pesar de este rechazo, las ideas de Preobrazhensky empezaron a germinar en muchas mentes. Rádek, al parecer, fue el primero de los jefes de la Oposición que cayó bajo su influencia. Él no había figurado, hasta entonces, entre quienes se cuidaban de golpear con demasiada dureza. Durante todo 1927 instó a la Oposición a atacar al grupo gobernante con más audacia, a buscar apoyo en los obreros industriales que estaban fuera del Partido y a expresar agresivamente sus quejas en lugar de contentarse con "gesticular para salvar la honra" y con elucubrar teorías. No había rechazado la idea de un nuevo partido y había favorecido el ingreso en la Oposición de los decemistas que se solidarizaban con ella. Ése seguía siendo su estado de ánimo después de la deportación, cuando escribió con desdén sobre las retractaciones de Zinóviev y Piatakov y sobre el morboso olor a Dostoyevchina que emanaba de ellas. "Ellos han renegado de sus

---

20- Véase "*P i s m o D r u g u*", de Trotsky (24 de junio de 1928), en *T h e T r o t s k y A r c h i v e s*

propias convicciones y le han mentido a la clase obrera. No se puede ayudar a la clase obrera con mentiras".<sup>21</sup> Aún en mayo, cuando Preobrazhensky propuso la convocatoria de la Conferencia, Rádek todavía pareció oponerse a la idea. En todo caso, criticó la - Véase "P i s m o D r u g u ", de Trotsky (24 de junio de 1928), en *The Trotsky Archives* A r c h i v e s actitud conciliatoria de Preobrazhensky.

Apenas un mes más tarde, el hombre dio la impresión de que había cambiado completamente. Predicó él mismo la conciliación, con todo el ingenio, la elocuencia y la agudeza que le eran peculiares. Su acceso fortaleció enormemente al ala "moderada", pues él y Preobrazhensky eran, después de Trotsky y Rakovsky, los dirigentes más autorizados en el exilio. A continuación, como lo revela su prolífica correspondencia, su voluntad de resistencia frente al stalinismo se desmoronó prácticamente de semana en semana, aunque casi un año habría de transcurrir antes de su capitulación formal.

Sería demasiado simple atribuir el cambio meramente a la volubilidad o a la falta de valor de Rádek. Sus motivaciones fueron diversas y heterogéneas. Es indudable que él no poseía todo el "temple bolchevique" que otros habían adquirido en la actividad política clandestina, en las cárceles zaristas y durante los años de exilio en Siberia. Sus períodos de actividad clandestina habían sido breves: hasta 1917 su vida política había transcurrido principalmente en los movimientos socialistas abiertos de Austria-Hungría y Alemania. Él era esencialmente un europeo occidental y un bohemio, sociable, acostumbrado a respirar el aire y la excitación de las grandes ciudades y a encontrarse en el centro de los asuntos públicos. Durante más de veinticinco años había fascinado a famosos Comités Centrales y grandes redacciones de periódicos con sus opiniones y agudezas. A lo largo de diez años había sido una de las lumbreras del partido bolchevique y de la Internacional Comunista. Mientras vivió rodeado por el ajetreo de la vida política, su confianza y su fibra no lo abandonaron; siguió siendo audaz y activo, y aun en la cárcel de Moabit en Berlín, en 1919, había seguido en el centro de los acontecimientos. Pero arrojado de súbito a los vacíos, desolados y rigurosos yermos de Siberia, su espíritu empezó a flaquear. La soledad lo oprimía y se sentía como desterrado de la vida misma. Su sentido de la realidad entró en crisis. ¿No habían sido más que un sueño todos los años que pasó junto a Lenin, como camarada y consejero estimado, ayudando a dirigir los asuntos de un movimiento mundial? Hombres mucho más curtidos se veían asediados por los mismos sentimientos. Esto, por ejemplo, fue lo que Iván Smirnov, héroe de la guerra civil, le escribió a Rádek del sur de Armenia al norte de Siberia: Tú, querido Karlyusha,<sup>22</sup> te dueles de que nos encontremos fuera del Partido. Para mí también, y para todos los demás, esto es en verdad una agonía. Al principio sufrí pesadillas. Me despertaba de repente en la noche y no podía creer que fuera un deportado, yo que trabajé para el Partido desde 1899, sin un día de interrupción, no

21- Véase la carta de Rádek a Zhcnia escrita desde Toboisk, el 10 de mayo de 1928, y su carta a Preobrazhensky del 25 de mayo en *The Trotsky Archives*

22- Diminutivo de Karl, Carlitos.

como algunos de esos bribones de la Sociedad de Viejos Bolcheviques, que después de 1906 desertaron del Partido durante diez años completos.<sup>23</sup>

Pero no era sólo esa penosa situación lo que mortificaba a Rádek y sus compañeros. Ellos meditaban en el destino de la revolución. Estaban acostumbrados a considerarse como los verdaderos custodios de las "conquistas de Octubre" y como los únicos depositarios del marxismo y el leninismo que los stalinistas y los bujarinistas habían adulterado y falsificado. Estaban acostumbrados a pensar que todo lo que fuera beneficioso para el marxismo y la revolución también lo era para la Oposición, y que las derrotas de la Oposición eran las derrotas de la revolución. Ahora veían la Oposición reducida a un pequeño grupo, casi una secta, completamente impotente y separada del gran Estado y el gran Partido con los que ellos se habían identificado. ¿Era posible, se preguntaban, que un movimiento que reclamaba para sí una misión tan alta se viera reducido a una condición tan baja? Se veían enfrentados al siguiente dilema: si ellos eran realmente los únicos custodios seguros y legítimos de Octubre, entonces su cruel derrota no podía acarrear más que el desastre irremediable para la revolución, y el legado de Octubre estaba perdido. Pero si ése no era el caso, si las "conquistas de Octubre" estaban más o menos intactas y si la Unión Soviética, pese a todo lo que había ocurrido, era todavía un Estado obrero, ¿no había incurrido entonces la Oposición en el error y la arrogancia al considerarse como la única depositaria del marxismo-leninismo y al negarles a sus adversarios toda virtud revolucionaria? ¿Eran los pocos millares de opositores todo lo que quedaba del gran movimiento bolchevique que había sacudido al mundo? ¿Acaso el monte de la revolución había parido un ratón? "No puedo creer", le escribió Rádek a Sosnovsky, "que toda la obra de Lenin y toda la obra de la revolución sólo hayan dejado tras de sí a 5,000, comunistas en toda Rusia". Con todo, si se tomaban al pie de la letra algunas de las cosas que alegaba la Oposición y si se creía que las otras facciones bolcheviques no hicieron más que<sup>24</sup> allanarle el camino a la contrarrevolución, entonces no se podía escapar a esa conclusión, tan repugnante tanto para el realismo como para el sentido histórico marxista. La epopeya bolchevique con todo su heroísmo, sacrificios, esperanzas, sangre y sudor no podía haber sido simple ruido sin significación alguna. Mientras los stalinistas y los bujarinistas protegieron a los *kulaks* y a los nuevos ricos de la NEP, las requitorias y las acusaciones de la Oposición tuvieron razón de ser. Pero el viraje a la izquierda, que ponía a la facción stalinista en conflicto mortal con la propiedad privada, demostraba que la obra de Lenin y la Revolución de Octubre habían dejado tras de sí algo más que un puñado de hombres íntegros, algo más que "cinco mil comunistas en toda Rusia". El volcán de la revolución, lejos de haber parido un ratón para después extinguirse, seguía en actividad.

Preobrazhensky argumentaba que era la "fuerza objetiva" de la propiedad social lo que proporcionaba el impulso para llevar adelante la transformación revolucionaria y

---

23- La carta, escrita en 1928 (sin fecha más precisa), se halla en *The Trotsky Archives*.

24- La carta (fecha en Tomsk el 14 de julio de 1928), en *The Trotsky Archives*.

socialista de Rusia. La "fuerza objetiva" se manifestaba a través de los hombres, sus representantes subjetivos. La facción stalinista era el agente de la necesidad histórica; y pese a la confusión, los errores y aun los crímenes Cometidos, ella actuaba como custodio del legado de Octubre y como adalid del socialismo. Los stalinistas, descubrió Rádek, habían demostrado ser más valiosos de lo que la Oposición había pensado. La Oposición debía y podía admitir tal cosa sin denigrarse a sí misma en forma alguna. En el nuevo avance hacia el socialismo, la Oposición había actuado como la vanguardia en tanto que la facción stalinista había formado la retaguardia. El conflicto entre ellas no había sido un choque de intereses de clase hostiles, sino un rompimiento entre dos sectores de la misma clase, pues tanto la vanguardia como la retaguardia pertenecían al mismo campo. Ya era tiempo de zanjar las diferencias. A muchos opositores les alarmaba la idea de una reconciliación entre los stalinistas y los trotskistas; pero tal reagrupamiento. replicaba Rádek, no sería más extraño que otros trastocamientos anteriores de alianzas en el seno del Partido. "Hubo un tiempo en que pensamos que Stalin era un buen revolucionario y que Zinóviev era un caso perdido. Después las cosas cambiaron. Ahora podrían cambiar otra vez".

En estos razonamientos había una inconfundible nota de desesperanza, pero era una desesperanza que trataba de escapar de sí misma y de transformarse en esperanza. El estado de ánimo de los conciliadores se gestó en el aislacionismo cada vez más profundo de la Rusia bolchevique. Era dentro de la Unión Soviética, no fuera, donde Rádek y Preobrazhensky -y muchos otros- buscaban un cambio grande y prometedor en los destinos del comunismo. Y este hecho explica mucho de lo que habría de suceder después.

Se estaban viviendo las consecuencias de la Revolución China. En diciembre de 1927 la insurrección comunista en Cantón había sido reprimida. El levantamiento había sido el último acto, o más bien el epílogo, del drama de 1925 a 1927. El impacto de la derrota se dejaba sentir en todo el pensamiento bolchevique: había minado más aún y sumergido la tradición internacionalista del leninismo y realzado el egocentrismo ruso. Más que nunca el socialismo en un solo país parecía ofrecer la única salida y el único consuelo. Esta vez, sin embargo, la marea del aislacionismo afectó también a la Oposición; llegó a las remotas colonias de deportados e influyó en los pensamientos de los conciliadores. Al igual que el viraje de Stalin a la izquierda, esta derrota reciente les dio a Preobrazhensky y a Rádek un nuevo motivo de desencanto con el historial de la Oposición. La Oposición, argumentaron, se había equivocado en parte al estimar los acontecimientos internos en Rusia. ¿No se había equivocado también en sus cálculos sobre las perspectivas internacionales? Trotsky había errado en cuanto al Terremoto soviético. ¿No era también una falacia su Revolución Permanente?

Apenas unas cuantas semanas después de su deportación, Trotsky y Preobrazhensky empezaron a cartearse sobre el levantamiento de Cantón. Sabiendo poco acerca de

las circunstancias concretas del acontecimiento y tratando de formarse una opinión a base de las tardías y escasas informaciones publicadas por *Pravda*, Trotsky resumió un cambio de impresiones que había tenido con Preobrazhensky en Moscú. Como tantos otros bolcheviques en la Oposición. Preobrazhensky no había aceptado la idea de la Revolución Permanente y su corolario de que la Revolución China sólo podría vencer como una dictadura proletaria. Al igual que Zinóviev y Kámenev, él sostenía que China no podía ir más allá de una revolución burguesa. Desde sus lugares de exilio, Trotsky y Preobrazhensky discutieron la significación del levantamiento de Cantón respecto a esta diferencia. *Pravda* había informado que los insurgentes de Cantón habían constituido un Consejo de Diputados de Obreros y habían iniciado la socialización de la industria. Aunque el levantamiento había sido aplastado -le escribió Trotsky a Preobrazhensky el 2 de marzo-, dejó un mensaje y un indicador significativo del rumbo de la próxima Revolución China, que no se detendría en su fase burguesa sino que establecería Soviets y se fijaría la meta del socialismo. Preobrazhensky replicó que el levantamiento había sido ordenado por Stalin con el único fin de salvar su prestigio después de todas sus capitulaciones ante el Kuomintang, que había sido una aventura temeraria y que el "Soviet" de Cantón y sus consignas "socialistas", por no ser el resultado orgánico de un movimiento de masas, no habían reflejado la lógica inherente a cualquier proceso revolucionario genuino. <sup>25</sup> Preobrazhensky, por supuesto, se hallaba más cerca de la verdad que Trotsky, quien en este caso apoyaba en evidencias dudosas su conclusión acerca del carácter de la siguiente Revolución China. Su conclusión, sin embargo, fue correcta: la revolución de 1948-49 hubo de trascender sus límites burgueses: y en esa medida hubo de ser una "revolución permanente", aun cuando su desarrollo y el alineamiento de fuerzas sociales en ella resultaran ser muy diferente de lo que habían previsto las teorías de la revolución de Trotsky y, en rigor de verdad, las de Marx y Lenin también.

"Nosotros, los viejos bolcheviques de la Oposición, debemos desligarnos de Trotsky en lo tocante a la revolución permanente", declaró Preobrazhensky. La declaración misma no podía sorprender a Trotsky, pero su tono enfático sí lo sorprendió. Trotsky se había acostumbrado a escuchar tales recordatorios de su pasado no bolchevique de labios de sus adversarios, y recientemente una vez más de los de Zinóviev y Kámenev, pero difícilmente de los de Preobrazhensky, su último correligionario desde 1922. Él sabía que tales recordatorios nunca se producían por casualidad. Lo que lo sorprendió más aún fue que Rádek también hiciera ahora una crítica de la Revolución Permanente.

Rádek, que no era él mismo un viejo bolchevique, había defendido hasta ahora de todo corazón esa teoría. Aún ahora reconocía que en 1906 Trotsky había previsto el desarrollo de la Revolución Rusa más correctamente que Lenin; pero añadía que de ello no se seguía que el esquema de la revolución permanente fuera válido en otros países. En China, sostenía Rádek, la "dictadura democrática del proletariado y el campesinado"

25- La respuesta de Preobrazhensky (sin fecha) se halla en *The Trotsky Archives*.

de Lenin era preferible porque dejaba lugar a un posible hiato entre la revolución burguesa y la socialista.

Aparentemente, esta controversia no tenía ninguna relación directa con las cuestiones que se debatían en el momento; y Trotsky se enfrascó en ella con renuencia. Replicó que China acababa de demostrar que toda revolución contemporánea que no hallara su consumación en una transformación socialista estaba condenada a sufrir la derrota incluso como revolución burguesa. Fuera cuales fueren los pro y los contras, el hecho de que los dos conciliadores atacaran a la Revolución Permanente era tanto más sintomático cuanto que Trotsky no había intentado convertir su teoría en canon de la Oposición. No era ésta la primera vez que la frustración producida por las derrotas del comunismo en el extranjero y las propensiones aislacionistas inducían a los bolcheviques a volverse contra la teoría que, con su nombre mismo, impugnaba su aislacionismo. El resultado de todas las batallas dogmáticas libradas desde 1924 en torno a la Revolución Permanente había sido el de hacerla aparecer a los ojos del Partido como el símbolo del trotskismo, la herejía capital de Trotsky y la fuente intelectual de todos los vicios políticos de éste. Para los seguidores de Stalin y Bujarin, la Revolución Permanente se había convertido en un tabú que sólo les inspiraba horror. Un opositor asediado por las dudas y el arrepentimiento y en busca del camino de regreso al Partido -su paraíso perdido- trataba instintivamente de librarse de cualquier vinculación con el tabú. El lector recordará que Trotsky, deseoso de hacerles más fácil a Zinóviev y Kámenev su alianza con él, había declarado que sus viejos escritos sobre la Revolución Permanente tenían su lugar en los archivos históricos y que él no los defendería en todos sus puntos, aun cuando en su fuero interno estaba convencido de que su idea había resistido con éxito la prueba del tiempo. Trotsky, sin embargo, no logró relegar su teoría a los archivos. No sólo sus enemigos se empeñaron en sacarla y lo obligaron a defenderla, sino que sus propios aliados hicieron lo mismo una y otra vez; y cada vez que ello sucedió fue una señal segura de que una de sus alianzas o ligas políticas estaba a punto de desbaratarse.

Poco después la disensión se hizo pública en relación con una cuestión menos fundamental y teórica. El VI Congreso de la Internacional Comunista había sido convocado para el verano de 1928 en Moscú. La Oposición tenía el derecho estatutario de apelar al Congreso contra su expulsión del Partido ruso, y se proponía hacerlo. No había ninguna posibilidad de que la apelación fuera escuchada con la atención debida ni de que a los jefes de la Oposición se les permitiera comparecer ante el Congreso para defender su caso. "... el Congreso probablemente intentará cubrirnos de la manera más terminante con la más pesada de las lápidas escribió Trotsky. "Afortunadamente, el marxismo se levantará de esa tumba de *papier-maché* y como un tambor irreprimible dará la voz de alarma".<sup>26</sup> Trotsky se proponía preparar una crítica breve y sin ambages de la política de la Comintern y una declaración concisa de los propósitos de la Oposición para ser presentadas en el Congreso. Pero el trabajo creció en sus manos y se convirtió en un

26- Carta circular de Trotsky del 17 de julio de 1928, en *The Trotsky Archives*.

voluminoso tratado cuya redacción lo mantuvo ocupado durante toda la primavera y el verano.<sup>27</sup> Se esperaba que el Congreso adoptara un programa del cual se había publicado un proyecto, escrito en buena parte por Bujarin y centrado en el socialismo en un solo país. Trotsky dio a su declaración la forma de una *Critica* del nuevo programa. Terminó este texto en junio, y en julio lo complementó con un mensaje al Congreso bajo el título de *¿Ahora qué?* Resumía “cinco años de fracasos de la Internacional” y cinco años de trabajo de la Oposición en una forma “exenta de todo rastro de reticencia, insinceridad y diplomacia”, y calculada para marcar claramente el abismo entre la Oposición y sus adversarios. Envió copias a las colonias de exiliados poco antes de la apertura del Congreso y pidió a todos los opositores que respaldaran sus declaraciones en los mensajes colectivos e individuales que enviaran al Congreso.

Entretanto, Rádek y Preobrazhensky habían preparado sus propias declaraciones, más conciliatorias tanto en el contenido como en el tono. Ciertamente era que Preobrazhensky hacía un balance devastador de la política de la Comintern en los últimos años y hablaba con franqueza sobre las diferencias que llevaban a los trotskistas de todos los matices a oponerse al stalinismo y a la Comintern. Pero en su conclusión declaraba que “muchas de estas diferencias han desaparecido como resultado del cambio que ha tenido lugar en la política de la Internacional”, porque ésta, siguiendo al Partido ruso, también había “virado a la izquierda”.<sup>28</sup> Rádek expresó la misma opinión y envió inmediatamente su declaración a Moscú. “Si la historia demuestra”, escribió, “que algunos de los dirigentes del Partido con los que ayer cruzamos espadas son mejores que los puntos de vista que defendieron, nadie hallará mayor satisfacción en esto que nosotros”.<sup>29</sup>

El hecho de que Trotsky y Rádek enviaran mensajes diferentes y en parte contradictorios al Congreso, sólo podía perjudicar la causa de la Oposición. En lugar de demostrar su unidad, la Oposición hablaba con dos voces. Cuando Trotsky se enteró de lo que había sucedido, telegrafió a los centros principales de la Oposición para pedir a todos los exiliados que repudiaran públicamente la posición de Rádek. Las colonias se sacudieron de indignación, desautorizaron a Rádek y enviaron declaraciones en tal sentido a Moscú. A fin de cuentas, el propio Rádek informó al Congreso que retiraba su mensaje y que estaba totalmente de acuerdo con Trotsky. Se disculpó con sus camaradas por su *faux pas*, diciendo que éste se había debido a lo difícil de sus comunicaciones con Trotsky, cuya *Critica* de la Comintern le había llegado demasiado tarde. Trotsky aceptó la disculpa y las cosas no fueron más lejos por el momento. La Oposición, dijo Trotsky, había

27- La obra se conoce en inglés con el título de *The Third International After Lenin*.

28- Preobrazhensky, *«Что надо сказать Конгрессу Коминтерна»*, en *The Trotsky Archives*.

29- El memorándum de Rádek al Congreso, escrito en Tomsk en junio de 1928, se halla en *The Trotsky Archives*. Trotsky debe de haber leído “psicoanalíticamente” el pasaje citado aquí: subrayó con lápiz rojo la palabra “ayer” en la frase de Rádek acerca de los dirigentes del Partido “con quienes ayer cruzamos espadas”.

“enderezado su frente”. Sin embargo, la escisión incipiente no había sido enmendada; sólo había sido recubierta superficialmente.

Un acontecimiento importante había ayudado a Trotsky a movilizar a los exiliados. En julio el Comité Central efectuó una sesión en la que la facción de Bujarin pareció ganar preponderancia sobre la de Stalin. La cuestión crítica seguía siendo la misma: la crisis del pan y la amenaza de hambre que pesaba sobre la Rusia urbana. Las medidas de emergencia dictadas a principios de año no habían eliminado la amenaza, y la situación se había visto agravada por un fracaso parcial de las cosechas de invierno en Ucrania y en el norte del Cáucaso. El campesinado estaba soliviantado. Entregó y vendió sólo el 50 por ciento del grano que solía vender antes de la revolución. Todas las exportaciones de trigo tuvieron que ser suspendidas.<sup>30</sup> Los métodos drásticos en la recolección del trigo habían sido suficientes para enfurecer a los agricultores, pero insuficientes para intimidarlos. El Comité Central reconoció “el descontento entre... el campesinado, que se expresó en manifestaciones de protesta contra los procedimientos administrativos arbitrarios”; y declaró que tales procedimientos “habían ayudado a los elementos capitalistas a explotar el descontento y a encauzarlo contra el Poder Soviético.. . y habían dado lugar a la difusión de rumores acerca de la inminente abolición de la NEP”.

31

En la sesión del Comité, después de que Mikoyán hubo presentado un informe, la facción bujarinista demandó la revocación de la política de izquierda. Ríkov exigió la cancelación de la política *anti-kulak*, y Frumkin, el Comisario de Hacienda, fue más lejos aún y pidió una revisión de toda la política campesina enunciada en el XV Congreso (en el que Stalin, para confundir a los trotskistas y a los zinovievistas, había adoptado algunas de sus ideas) y un retorno a la política predominantemente bujarinista del Congreso anterior. El Comité Central confirmó las decisiones del XV Congreso, pero canceló sus propias medidas de emergencia “contra el *kulak*”. Proclamó que a partir de entonces debía prevalecer el “régimen de derecho”. Prohibió los cáteos y las incursiones en los graneros y las granjas. Suspendió las requisiciones de alimentos y la recolección forzosa de empréstitos de granos. En último término, pero no por ello menos importante, autorizó un aumento del 20 por ciento en el precio del pan, el aumento que había prohibido tan categóricamente tres meses antes.<sup>32</sup> Considerado retrospectivamente, éste fue el último intento del Comité Central para apaciguar a los campesinos, el último antes de que procediera a suprimir la agricultura privada. En aquel momento, sin embargo, pareció que el *kulak* había ganado un asalto, que Stalin había abandonado la política de izquierda y que Bujarin y Ríkov habían dictado la política a seguirse.

Es fácil imaginarse cómo recibieron esta noticia los deportados trotskistas.

---

30- KPSS v Rezolutsiaj, vol. II, p. 392.

31- Ibid., p. 395.

32- Ibid., p. 396

Sintieron que volvían a “pisar terreno conocido. El viejo esquema de ideas, dentro del cual se habían acostumbrado a pensar, parecía restablecido. Veían imponerse una vez más a “los defensores del *kulak*”. Veían al “vacilante centro” de Stalin ceder terreno como de costumbre. Al autorizar el aumento en el precio del pan, el Comité Central había golpeado a los obreros industriales y había favorecido los intereses de los campesinos ricos. Esto, seguramente, no sería todo. La lucha continuaba: el ala derecha reanudaría su ofensiva y los stalinistas seguirían replegándose. El peligro termidoriano era más inminente que nunca: los termidorianos estaban en marcha. Trotsky pensó lo mismo: “En el discurso de Ríkov.. declaró, “el ala derecha le ha lanzado su desafío a la Revolución de Octubre... Es preciso aceptar el desafío.

El aumento en el precio del pan era sólo el comienzo de una neo-NEP. Para apaciguar al *kulak*, el ala derecha pronto tendría que hacer un intento resuelto de socavar el monopolio estatal del comercio exterior. Trotsky veía a Ríkov y Bujarin como los vencedores que pronto “perseguirían a Stalin como trotskista, del mismo modo que Stalin había perseguido a Zinóviev”. Ríkov había dicho en el Comité Central que “los trotskistas consideraban que su tarea principal era impedir una victoria del ala derecha”. Trotsky replicó que ésa era, en efecto, la tarea principal de la Oposición.<sup>33</sup>

Entre los trotskistas, los conciliadores se vieron completamente aislados por el momento. “¿Dónde está el viraje de Stalin a la izquierda?”, preguntaron con exaltación los deportados a Rádek y Preobrazhensky. “Todo fue una tormenta en un vaso de agua, pero bastó para que ustedes trataran de echar por la borda nuestras viejas y bien probadas ideas y concepciones y nos instaran a reconciliarnos con los stalinistas”. Una vez más vieron el ascenso de Stalin como un mero incidente en la lucha fundamental entre ellos mismos y los bujarinistas, y creyeron más ardientemente aún que antes que todos los bolcheviques que hubiesen permanecido fieles a la revolución no tardarían en ver las cosas bajo esta luz. como un conflicto esencialmente entre la derecha y la izquierda, y optarían por la izquierda. La derrota aparente de Stalin acrecentó enormemente sus esperanzas. “No está lejano el día”, escribió un trotskista tan eminente como Sosnovsky, “en que el llamado para el regreso de Trotsky resonará por todo el mundo”.<sup>34</sup>

En medio de toda esta excitación política la tragedia se abatió sobre la familia de Trotsky. Sus dos hijas, Zina y Nina, habían enfermado de tisis tiempo antes. La salud de Nina, la menor -tenía veintiséis años-, se quebrantó después del encarcelamiento y la deportación de Nevelson, su marido. Trotsky recibió la noticia en la primavera, durante una expedición de pesca. Todavía no estaba bien enterado de la gravedad del mal de Nina, pero pasó las siguientes semanas ansioso y preocupado. Sabía que sus dos hijas y los niños de éstas vivían en la más completa pobreza, que no podían contar con la ayuda de ningún amigo, y que Zina, consumida por la fiebre, pasaba los

33- “*Yulskiy Plenum i Prava Opasnost*”, en *The Trotsky Archives*.

34- Véase la carta de Sosnovsky a Rafail del 24 de agosto, en *The Trotsky Archives*.

días y las noches en la cama de Nina. "Apéname", le telegrafió él, "no poder estar con Ninushka para ayudarla. Comunícame su condición. Besos para ambas. Papá." Una y otra vez pidió noticias, pero no obtuvo respuesta. Le escribió a Rakovsky suplicándole que hiciera indagaciones en Moscú. Por último, supo que Nina había muerto el 9 de junio. Mucho después recibió la última carta que ella le había escrito: los censores la habían detenido durante más de diez semanas. Fue doloroso para Trotsky pensar que, en su lecho de muerte, ella había esperado en vano su respuesta. La lloró como "una ardiente revolucionaria y miembro de la Oposición" lo mismo que como hija; y a ella le dedicó la *Crítica* del programa de la Comintern en que él había estado trabajando en el momento de su muerte.

Todavía estaban llegando a Alma Ata los mensajes de condolencia de muchos deportados cuando otro golpe le causó a Trotsky gran aflicción y dolor. Después de la muerte de Nina, Zina se propuso ir a Alma Ata. Su marido también había sido deportado y ella había debilitado su salud atendiendo a su hermana. Semana tras semana pospuso el viaje, hasta que a Alma Ata llegó la noticia de que se encontraba peligrosamente enferma y no podía viajar. Su enfermedad se vio agravada por una severa y prolongada afección nerviosa; y nunca llegó a reunirse con su padre antes de que éste fuera desterrado de Rusia.

Ello no obstante, una reunión de familia tuvo lugar en la *dacha* en las afueras de Alma Ata, cuando Sergei llegó para pasar sus vacaciones allí. Con él vinieron la esposa y el hijo de Liova. Se quedaron sólo unas cuantas semanas, y aquélla fue una reunión pesarosa y melancólica.

Después del "viraje a la derecha" de la política oficial, los trotskistas extremos e irreconciliables ganaron preponderancia en casi todos los centros de la Oposición. La masa de deportados no permitía siquiera que le hablaran de ningún intento de acercamiento entre ellos y los stalinistas. Sin embargo, los irreconciliables extremos no contaban con ningún portavoz de la autoridad y capacidad de Preobrazhensky y Rádek. Sus opiniones las formulaban hombres como Sosnovsky, Dingelstedt, Elzin y otros pocos que expresaban un estado de ánimo más bien que cualquier idea política definida.

El más talentoso y coherente de ellos era Sosnovsky; y cuando él afirmó lleno de confianza que "el llamado para el regreso de Trotsky resonará pronto en todo el mundo", expresaba la fervorosa esperanza de muchos de sus camaradas. Sosnovsky era hombre de la plena confianza de Trotsky y uno de los más eficaces periodistas bolcheviques, muy popular aun fuera de las filas de la Oposición. Pero no era un dirigente político ni un teórico. Se había distinguido como cronista de la Rusia bolchevique y como crítico agudo de la moral social. Rebelde por temperamento, animado por un intenso odio a la desigualdad y la injusticia, observó con indignación el ascenso, en el Estado obrero, de

una burocracia privilegiada. Denunció con acrimonia la codicia y la corrupción de ésta (el "factor harén-cum-auto-móvil"), su esnobismo y su ambición arribista de asimilarse a las antiguas burocracia y aristocracia mediante los matrimonios de conveniencia. Quienes pensaban siquiera en la posibilidad de una reconciliación con el grupo gobernante sólo le inspiraban disgusto. En este sentido era el polo opuesto de Rádek. Fue a Sosnovsky a quien Rádek le escribió que no podía creer que todo lo que quedara del partido de Lenin fuera un puñado de opositores virtuosos: para Sosnovsky la Oposición era en verdad el único custodio del legado de Octubre. Nada lo caracteriza con más exactitud que una carta que escribió a Vardin, su viejo camarada que había desertado de la Oposición y "capitulado" junto con Safárov. Despiadado en su desprecio, Sosnovsky le recordó a Vardin una vieja costumbre funeral de los judíos según la cual, cuando un muerto era llevado al cementerio, sus correligionarios de la sinagoga tenían que gritarle al oído: "¡Fulano, fulano, entérate de que estás muerto!" Él, Sosnovsky, gritaba ahora esas palabras en el oído de su viejo camarada, y las gritaría en el oído de cada capitulador. Observaba con desconfianza la evolución de Rádek, preguntándose si no debería gritar esas palabras al oído de éste también. <sup>35</sup>

Los otros portavoces de esta ala de la Oposición eran hombres más jóvenes y de menor estatura. Dingelstedt era un erudito prometedor, sociólogo y economista. Bolchevique desde 1910, distinguido como agitador en la Flota del Báltico en 1917, se encontraba todavía en los primeros años de su treintena. Elzin había sido uno de los secretarios más talentosos de Trotsky. Estos hombres no estaban seguros de que el propio Trotsky no estuviera dando señales de vacilación. Así, Dingelstedt le escribió que "algunos camaradas se sentían gravemente preocupados" por su opinión de que el viraje de Stalin a la izquierda constituía "un paso indudable en nuestra dirección" y que la Oposición debía "apoyarlo incondicionalmente". <sup>36</sup> También reprochaban a Trotsky la "indulgencia" con que trataba a Rádek y Preobrazhensky, y no compartían sus esperanzas de reforma en el Partido y de un reavivamiento de la democracia proletaria dentro de éste.

Así, pues, mientras uno de los extremos de la Oposición incluía a quienes se sentían cada vez más ansiosos de llegar a un entendido con sus victimarios, el otro extremo se hacía casi indistinguible de los seguidores de V. Smirnov y Saprónov, los decemistas, y de los remanentes de la Oposición Obrera. Estos grupos de "ultraizquierda", como recordamos, habían ingresado en la Oposición Conjunta en 1926. pero posteriormente la abandonaron o fueron expulsados. En las colonias de deportados sus miembros convivían con los trotskistas y discutían interminablemente con ellos. Llevaban las

---

35- Al mismo tiempo aproximadamente Rádek le escribió también a Vardin; y su carta y la de Sosnovsky contrastan curiosamente. Esto fue en mayo, cuando en Rádek apenas había empezado a gestarse el estado de ánimo conciliatorio. Riñó a Vardin, pero con tacto y simpatía, y distó de tratar al capitulador como "moralmente muerto". Las cartas de Rádek y Sosnovsky se hallan en *The Trotsky Archives*.

36- Véanse las cartas de Dingelstedt a Trotsky del 8 de julio y el 24 de agosto de 1928, en *The Trotsky Archives*. También su carta a Rádek del 22 de agosto.

ideas de los trotskistas a conclusiones extremas que algunas veces eran lógicas algunas veces absurdas y otras veces absurdas en su misma logicidad. Expresaban en forma exagerada todas las emociones que se agitaban en los corazones trotskistas, aun cuando muchos de los razonamientos de Trotsky no estaban al alcance de su comprensión. Ocasionalmente, por lo tanto, decían cosas que Trotsky en un principio rechazaba con indignación sólo para recogerlas y repetirlas en una etapa posterior. Criticaban a Trotsky por su indecisión y señalaban que era inútil contar con una reforma democrática en el Partido. (Trotsky tardaría cinco o seis años en llegar a la misma conclusión.) El Partido dirigido por Stalin era "un cadáver maloliente", escribió V. Smirnov en 1928. Él y sus partidarios sostenían que Stalin era el jefe victorioso del Termidor ruso, que se había consumado desde 1923, y el jefe auténtico de los *kulaks* y de los propietarios en general. Denunciaban el régimen stalinista como una "democracia burguesa" o una "democracia campesina" que sólo una nueva revolución proletaria podría derrocar. "La liquidación en 1923 de la democracia interna en el Partido y de la democracia proletaria en general", escribió Smirnov, "ha demostrado ser un mero prólogo al desarrollo de una democracia campesina de los *kulaks*".<sup>37</sup> Saprónov sostenía que "ya se están organizando legalmente partidos burgueses en este país"... ¡y lo decía en 1928!<sup>38</sup> Así, pues, acusaban a Stalin de restaurar el capitalismo precisamente cuando éste se disponía a destruir la agricultura privada, el principal vivero potencial del capitalismo en Rusia, y de favorecer un régimen burgués multipartidista precisamente cuando estaba llevando al régimen unipartidista a su última conclusión y erigiéndose él mismo en jefe único. Esto era quijotismo, en verdad. En Trotsky también podrían hallarse rastros del mismo elemento, pero su realismo y su autodisciplina los mantenían a raya. V. Smirnov, Saprónov y sus seguidores carecían de inhibiciones que los contuvieran cuando se lanzaban contra los molinos de viento de la "democracia *kulak*" de Stalin; y algunos de los seguidores más jóvenes y atolondrados de Trotsky se vieron tentados a seguirlos, especialmente después que la "liquidación de la política de izquierda" en julio confirió momentáneamente a los molinos de viento la mínima semejanza con un enemigo en marcha.<sup>39</sup>

En medio de todas estas corrientes encontradas, Trotsky hacía todo lo posible por impedir que la Oposición se hiciera pedazos. Veía sus disensiones como un conflicto entre dos generaciones de opositores, como un choque entre "padres e hijos", los primeros avejentados y fatigados bajo el peso de sus conocimientos y su experiencia, y los segundos llenos de inocente ardor y audacia. Él mismo compartía los sentimientos de unos y otros, los comprendía igualmente y todos le inspiraban las mismas aprensiones. *37- La cita está tomada de un ensayo decemista, "Pod Znamia Lenina", que Trotsky atribuye a V. Smirnov, en The Trotsky Archives.*

*38-Véase la declaración de Saprónov del 18 de junio, dirigida a un amigo des conocido, en The Trotsky Archives.*

*39- Trotsky describía a quienes compartían las concepciones de V. Smirnov y Saprónov como la minoría lunática del antistalinismo, pero favorecía la cooperación con los decemistas más moderados, como Rafail, V. Kossior, Drobnis y Bogus lavsky. Véase su carta circular sobre los decemistas del 22 de septiembre de 1928, en The Trotsky Archives*

Tenía malos presentimientos en cuanto a Rádek y Preobrazhensky: en el estado de ánimo y en los razonamientos de ambos discernía los impulsos que habrían de conducirlos a la capitulación. Pero se resistía a alejarlos, les concedía el beneficio de la duda y los defendía de los ataques de los trotskistas más fanatizados. Discutía con los dos hombres, paciente y firme al mismo tiempo; les concedía que había cierta verdad en lo que ellos decían sobre el viraje a la izquierda y el cambiante panorama del país; pero les encarecía que no llegaran a conclusiones apresuradas y que no exageraran las posibilidades de una reconciliación genuina con el stalinismo. Simultáneamente trataba de refrenar a los extremistas en el otro bando, diciéndoles que su optimismo sobre las perspectivas de la Oposición era excesivo y propiciaba la desilusión ulterior: ellos no debían imaginar que el reciente intento de apaciguar a los *kulaks* era "la última palabra de Stalin", a la que sólo podría seguir el "colapso inevitable" del régimen stalinista. La perspectiva, tal como él la veía, era mucho más compleja: era imposible prever con seguridad lo que saldría de la redoma. En todo caso, aunque había dicho que "el Partido todavía nos necesitará", se sentía mucho menos confiado que Sosnovsky en que "el llamado para el regreso de Trotsky pronto resonará por todo el mundo" <sup>40</sup>

Trotsky se esforzó por mantener la unidad de la Oposición sobre la base de una "lucha sostenida e intransigente por la reforma interna del Partido". Su categórico rechazo de las "ilusiones acerca de un reaceramiento con el stalinismo" realizaba su actitud ante los jóvenes irreconciliables, en tanto que su énfasis en la reforma interna del Partido constituía el vínculo que lo ligaba a los conciliadores. Trotsky repudió la actitud "totalmente negativa y estéril" de los decemistas frente al Partido, y trató de contrarrestar la nostalgia por el Partido, la subrepticia sensación de aislamiento y de inutilidad a que tendían a sucumbir los opositores más viejos. Trató de reavivar el sentido de apostolado: la convicción de que aun en el exilio ellos seguían hablando en nombre de la clase obrera reducida al mutismo, de que lo que ellos decían todavía importaba, y de que tarde o temprano serían escuchados por la clase obrera y el Partido. Esta convicción, añadió, no debía llevar a la Oposición a una excesiva estimación de sí misma o a la arrogancia: aunque sólo ella defendía de manera consecuente la tradición marxista y leninista, no debía desechar a todos sus adversarios como nulidades: no debía, de ninguna manera, suponer que todo lo que había quedado del partido de Lenin eran unos cuantos miles de opositores. La Oposición tenía razón al denunciar la "degeneración burocrática" de] Partido; pero aun en esto era necesario cierto sentido de la proporción, puesto que existían "diversos grados de degeneración" y aún había muchos elementos sanos en el Partido. "Stalin le debe su posición no sólo al terror ejercido por el aparato. sino también a la confianza o semiconfianza de un sector de los obreros bolcheviques." Con esos obreros no debía perder contacto la Oposición, y a ellos debía dirigirse. <sup>41</sup>

40- Véase la carta de Trotsky a "V. D." (¿EJzin?) del 30 de agosto de 1928.

41- Véase su carta circular sobre las diferencias de la Oposición con los decemistas del 11 de noviembre de 1928, y también sus cartas del 15 de julio, el 20 de agosto, el 2 de octubre y el 10 de noviembre, relativas al mismo asunto.

Las intervenciones sutilmente equilibradas de Trotsky no siempre eran bien recibidas. Los ultrarradicales seguían criticando su benevolencia frente a los conciliadores, en tanto que Preobrazhensky y Rádek le reprochaban su tolerancia frente a la "actitud decemista" de aquellos trotskistas que se comportaban como si la Oposición fuera un nuevo partido y no un sector del viejo. El distanciamiento entre los grupos aumentaba continuamente. Pero mientras Trotsky permaneció en Alma Ata y mientras la política de Stalin, hallándose en una situación de suspenso, no acentuó más los dilemas de la Oposición, Trotsky logró impedir que los diversos grupos de sus seguidores se separaran demasiado y echaran a pique a la Oposición.

En estas difíciles circunstancias Trotsky halló el más fuerte apoyo moral en Rakovsky. Su vieja y estrecha amistad había adquirido ahora una nueva dimensión de afecto, intimidad y concordia intelectual. Después de su gran carrera como jefe del gobierno bolchevique en Ucrania y como diplomático, Rakovsky trabajaba en Astrakán, el lugar de su exilio, como funcionario de baja categoría en la Gosplan local. Su correspondencia con Trotsky y los relatos de testigos presenciales constituyen una impresionante evidencia de la calma estoica con que soportaba su destino y de la intensidad y el alcance de su labor intelectual en el exilio.<sup>42</sup> Había llevado a Astrakán en su mochila las obras de Saint-Simon y Enfatín, de muchos historiadores franceses de la Revolución y de Marx y Engels, novelas de Dickens y clásicos de la literatura rusa. Durante las primeras semanas de su deportación, Cervantes fue su autor favorito. "En una situación como ésta", le escribió a Trotsky, "vuelvo a *Don Quijote* y encuentro en él enorme satisfacción. Añorando su Dobrudzha natal, releyó a Ovidio. Interesado en la planificación económica en la región de Astrakán, estudió asiduamente los "perfiles geológicos" de las estepas del Caspio; y, al describirlo este trabajo a Trotsky, intercaló en sus comentarios referencias a Dante y Aristóteles. Sobre todo, volvió a estudiar ávidamente la Revolución Francesa;<sup>43</sup> y escribió una *Vida de Saint-Simon*. Mantuvo a Trotsky informado sobre el progreso de su trabajo y le citó las predicciones de Saint-Simon sobre Rusia y los Estados Unidos como los dos colosos antagónicos del futuro (predicciones menos conocidas pero más originales que las que hizo posteriormente Tocqueville). Quejándose de los efectos de la edad en su memoria y su imaginación tenía cincuenta y cinco años en el momento de su deportación-, trabajaba sin embargo "con enorme pasión: *avec ardeur*". Con una insinuación de ternura paternal, instó a Trotsky a que no gastara su energía y su talento sólo en las cuestiones del momento: "Es sumamente importante que

42- Louis Fischer, quien visitó a Rakovsky en Àstrakàn, relata que en una ocasión lo vio empleado por la autoridad local para actuar como intérprete de un grupo de turistas norteamericanos. Rakovsky se veía cansado y macilento, y cuando terminó su trabajo los visitantes norteamericanos trataron de darle una propina. Con un gesto amable, entre triste y divertido, Rakovsky se retiró.

43- Como embajador en París, Rakovsky había hecho mucho por fomentar el estudio de los archivos de la Revolución Francesa, en los que él mismo tenía gran interés, por los historiadores soviéticos. Entre los libros que se llevó al exilio y que tenía en gran estima, figuraba un ejemplar de la *Histoire politique de la Révolution Française* de Aulard. con dedicatoria del autor.

usted escoja también un gran tema, algo como mi Saint-Simon, que lo obligue a ver muchas cosas bajo una nueva luz y a releer muchas cosas desde un ángulo definido.<sup>44</sup> Procuró para Trotsky libros y publicaciones que no se conseguían en Alma Ata. Se mantuvo en contacto con los hijos de Trotsky en Moscú y compartió las aflicciones de la familia. Políticamente, apoyó a Trotsky tanto contra los conciliadores como contra los ultraradicales; y a ninguno de los jefes de la Oposición se sintió Trotsky tan apegado como a Cristián Georgévich.<sup>45</sup>

El temperamento político de Rakovsky era, en muchos aspectos, diferente del de Trotsky. Él no poseía, por supuesto, la fuerza de pensamiento, pasión y expresión de Trotsky, ni su tempestuosa energía. Pero tenía una mente sumamente clara y penetrante, y también, quizá, una mayor soltura filosófica. Pese a su devoción como opositorista, era menos sectario, cuando menos en el sentido de que sus concepciones trascendían en su amplitud los objetivos y las tácticas inmediatas de la Oposición. Convencido de la justicia que asistía a la Oposición y de su reivindicación última, tenía mucho menos confianza en sus posibilidades de éxito político. Él retrocedía y abarcaba con la mirada el inmenso panorama de la revolución y aprehendía claramente su rasgo dominante. Ese rasgo era "la inevitable desintegración del partido de la revolución después de su victoria".

Rakovsky desarrolló esta idea en su "Carta a Valentinov". un ensayo que causó una conmoción en las colonias trotskistas en el verano de 1928.<sup>46</sup> ¿Cómo podía explicarse, preguntaba Rakovsky, la perversidad abismal y la depravación moral que se habían revelado en el partido bolchevique, un partido que había estado constituido por revolucionarios honrados, fervientes y valerosos? No bastaba culpar al grupo gobernante o a la burocracia. La causa más profunda era "la apatía de las masas y la indiferencia de la clase obrera victoriosa después de la revolución". Trotsky había señalado el atraso de Rusia, la debilidad numérica de la clase obrera, el aislamiento y el cerco capitalista como los factores determinantes de la "degeneración burocrática" del Estado y el Partido. Para Rakovsky, esta explicación era válida pero insuficiente. Él sostenía que incluso en un país sumamente avanzado y plenamente industrializado, incluso en una nación constituida casi enteramente por obreros y rodeada sólo por Estados socialistas, las masas podrían, después de la revolución, sucumbir a la apatía, abdicar a su derecho de moldear su propia vida y hacer posible que una burocracia arbitraria usurpara el poder. Éste, decía, era el peligro inherente a cualquier revolución victoriosa. Era el "riesgo profesional" del gobierno.

La revolución y la guerra civil se ven seguidas, por regla general, por la descomposición

44- Véase la carta de Rakovsky a Trotsky del 17 de febrero de 1928, en *Bulleten Opozitsii*, núm. 35.

45- "A Cristián Gueórguevich Rakovsky, Luchador, Hombre y Amigo" le había dedicado Trotsky su *Literatura y Revolución*.

46- El texto de la carta, escrito el 2 de agosto de 1928, se halla en *The Trotsky Archives*. Valentinov había sido jefe de redacción de *Trud* y se encontraba exiliado como trotskista.

social de la clase revolucionaria. El Tercer Estado francés se desintegró después de triunfar sobre el *anden régime*. Los antagonismos de clase en su seno, los conflictos entre los burgueses y los plebeyos, destruyeron su unidad. Pero aun los grupos socialmente homogéneos se escindían debido a la "especialización funcional" de sus miembros, algunos de los cuales se convertían en los nuevos gobernantes en tanto que otros permanecían entre los gobernados. "La función ajustaba su órgano a sí misma y lo cambiaba." Debido a la desintegración del Tercer Estado, la base social de la revolución se estrechó y el poder vino a ser ejercido por un número cada vez más reducido de personas. La elección fue reemplazada por el nombramiento. Este proceso estaba bien avanzado aun antes del golpe termidoriano; fue Robespierre quien lo promovió y después se convirtió en su víctima. Primero fue la exasperación del pueblo con el hambre y la miseria lo que no les permitió a los jacobinos confiar la suerte de la revolución al voto popular; después el régimen arbitrario y terrorista de los jacobinos empujó al pueblo a la indiferencia política; y esto les permitió a los termidorianos destruir a Robespierre y al partido jacobino. En Rusia habían ocurrido cambios similares en la "anatomía y fisiología" de la clase obrera que habían conducido a resultados similares: la abolición del sistema electivo, la concentración del poder en muy pocas manos y la sustitución de órganos representativos por jerarquías de funcionarios nombrados. El partido bolchevique estaba escindido entre gobernantes y gobernados, y su carácter había cambiado tanto que "el bolchevique de 1917 difícilmente se habría reconocido a sí mismo en el bolchevique de 1928".

Una profunda y consternadora apatía paralizaba aún a la clase obrera. A diferencia de Trotsky, Rakovsky no creía que fuera la presión de los obreros lo que había obligado a Stalin a emprender el "viraje a la izquierda". Ésta era una operación burocrática llevada a cabo exclusivamente desde arriba. La militancia de base no tenía ninguna iniciativa y se preocupaba muy poco por la defensa de sus libertades. Rakovsky evocó uno de los pronunciamientos de Babeuf en 1794: "Reeducar al pueblo en el amor a la libertad es más difícil que conquistar la libertad". Babeuf dio el grito de batalla; "¡Libertad y una Comuna Electa!", pero su grito cayó en oídos sordos. Los franceses habían "desaprendido" la libertad. Hubieron de transcurrir treinta y siete años, de 1793 a 1830. antes de que la reaprendieran, se recuperaran de la apatía y se alzaran en otra revolución. Rakovsky no planteaba explícitamente la pregunta que se sugería por sí misma: ¿cuánto tardarían las masas rusas en recuperar su vitalidad y su vigor políticos? Pero su razonamiento implicaba que un reavivamiento político sólo podría ocurrir en Rusia en un futuro relativamente remoto, después de que hubiesen ocurrido grandes cambios en la sociedad y después de que la clase obrera se hubiese ampliado, desarrollado, reintegrado y recuperado de los muchos traumas y desilusiones. Rakovsky "confesaba" que nunca había contado con triunfos políticos a corto plazo para la Oposición: y concluía que ésta debía dirigir sus esfuerzos principalmente a la educación política de la clase obrera a largo plazo. A este respecto, decía la Oposición no había hecho ni intentado hacer gran cosa, aunque sí había hecho más que el grupo gobernante; y debía tener

presente que "la educación política sólo rinde frutos muy lentamente".

La conclusión inexpresada era que la Oposición tenía muy pocas posibilidades. Si os que tenía alguna, de influir sobre el curso de los acontecimientos en su tiempo, aunque sí podía contar con su reivindicación última, tal vez postuma. Rakovsky ponía de relieve el conflicto básico de la Oposición: su posición entre una burocracia desmoralizada, traicionera y tiránica por un lado, y una clase obrera irremediabilmente apática y pasiva por el otro. "Me parece", recalca, "que sería completamente insensato esperar cualquier clase de reforma interna del Partido basada en la burocracia". Y tampoco preveía ningún movimiento regenerador surgido de las masas, durante muchos años por venir. De ello se seguía (aunque Rakovsky no lo decía) que la burocracia, tal y como era, seguiría siendo, quizá durante varias décadas, la única fuerza con capacidad de iniciativa y acción para reestructurar la sociedad soviética. La Oposición estaba obligada por sus principios a persistir en su hostilidad irreductible frente a la burocracia: pero no podía apelar efectivamente al pueblo contra esta y estaba apartada de antemano del gran proceso histórico mediante el cual la sociedad soviética habría de transformarse con el tiempo. Sólo podía aspirar a laborar para el futuro en el campo de las ideas principalmente.

Una conclusión de este tipo, implícita en la "Carta a Valentinov" de Rakovsky, puede, en ciertas situaciones, satisfacer a un círculo reducido de teóricos e ideólogos; pero representa una sentencia de muerte para cualquier movimiento político. Rakovsky veía el curso de la revolución y las perspectivas de la Oposición con fría y profunda perspicacia y estoica ecuanimidad. No podía esperarse esa misma actitud en los varios miles de opositores que leyeron la "Carta a Valentinov". Ya sea que fueran obreros o intelectuales, eran revolucionarios y luchadores prácticos, apasionadamente interesados en el resultado inmediato de su lucha y en los grandes acontecimientos que sacudían y transformaban a su nación. Habían ingresado en la Oposición como un movimiento político, no como un cenáculo de filósofos o ideólogos; y deseaban que triunfara como un movimiento político. Aun los rebeldes o revolucionarios más heroicos y abnegados luchan generalmente por objetivos que consideran, en cierta medida, al alcance de su generación; son pocos y muy excepcionales los hombres que, como pensadores, pueden luchar por un premio que la historia tal vez les conceda postumamente.

La masa de los opositores se había esforzado por fortalecer el sector socialista de la economía soviética, por llevar adelante la industrialización, por revivir c) espíritu del internacionalismo y por restaurar cierto grado de libertad dentro del Partido; y no podía resignarse a pensar que tales objetivos fueran inalcanzables para ella. Los opositores ya habían descubierto que no podían alcanzarlos por sí mismos, y que tenían que buscar ayuda o en las masas o en la burocracia. No podían aceptar la idea de que era inútil buscar esa ayuda en las unas o en la otra. Para existir políticamente, tenían que creer una de dos cosas: o que las masas se alzarían tarde o temprano contra

la burocracia, o que la burocracia, por sus propias razones, llevaría acabo muchas de las reformas que había preconizado la Oposición. Los trotskistas radicales ponían sus esperanzas en las masas, y los conciliadores en el grupo gobernante o en un sector de éste. Cada una de estas esperanzas era ilusoria, pero no en la misma medida. No había indicios en el país de ningún movimiento de masas en favor de los objetivos de la Oposición. Pero la burocracia se hallaba claramente en un estado de agitación; se había dividido en lo relativo a cuestiones como la industrialización y la política campesina. Los conciliadores veían que, en lo tocante a estas cuestiones, la facción stalinista, después de todo, se había acercado a la Oposición; y esto alentaba su esperanza de que se acercara más en otros aspectos también. El hecho de que la burocracia fuera la única fuerza en la sociedad que mostraba una iniciativa social efectiva daba pie a la esperanza de que pudieran incluso restaurar la libertad dentro del Partido. La alternativa era demasiado sombría para que fuera posible contemplarla: consistía en que la libertad dentro del Partido y la democracia proletaria en general estaban condenadas a seguir siendo sueños vacíos durante mucho tiempo todavía.

Trotsky se sintió vivamente impresionado por las opiniones de Rakovsky y se las recomendó a la Oposición; pero, según parece, pasó por alto algunas de sus implicaciones más profundas y relativamente pesimistas. En Trotsky, el pensador desapasionado y el dirigente político activo estaban ahora en conflicto. El pensador aceptaba un análisis del cual se seguía que la Oposición estaba virtualmente condenada a muerte como movimiento político. El dirigente político no podía ni siquiera considerar tal conclusión, menos aún resignarse a ella. El teórico podía admitir que Rusia, al igual que Francia anteriormente, había "desaprendido la libertad" y tal vez no la reaprendería antes de que surgiera una nueva generación. El hombre de acción tenía que desterrar tal perspectiva de su mente y tratar de ofrecer una finalidad práctica a sus seguidores. El pensador podía adelantarse a su tiempo y trabajar por el veredicto de la posteridad. El jefe de la Oposición tenía que retroceder a su tiempo, vivir en él y creer con sus seguidores que todos ellos tenían un gran papel constructivo que desempeñar en él. Lo mismo como pensador que como jefe político, Trotsky se negaba a contemplar a su país aislado del resto del mundo. Seguía convencido de que el peor impedimento del bolchevismo consistía en su aislamiento y de que la propagación de la revolución a otros países ayudaría a los pueblos de la Unión Soviética a reaprender la libertad mucho antes de lo que podría hacerlo de otra suerte.

A fines del verano de 1928 llegaron a Alma Ata, procedentes de los círculos trotskistas clandestinos de Moscú, noticias sorprendentes. Éstas ofrecían evidencia detallada de que Stalin estaba a punto de reanudar su viraje a la izquierda y de que el rompimiento entre su facción y la de Bujarin era completo e irreparable. Más aún, los informes de Moscú pretendían que tanto los bujarinistas como los stalinistas proyectaban una alianza con la Oposición de izquierda y que ambos estaban compitiendo ya por el apoyo trotskista y zinovievista. Parecía, en verdad, como si el grito por el regreso de Trotsky

estuviera, después de todo, a punto de dejarse oír.

Los trotskistas de Moscú se mantenían en contacto bastante estrecho con Kámenev, quien les comunicó los detalles de las conversaciones que había sostenido con Sokólnikov durante la sesión del Comité Central en julio. Sokólnikov, que todavía era miembro del Comité Central y una especie de semibujarinista y semizinovievista, parecía abrigar la esperanza de formar una coalición de la derecha y la izquierda contra el centro stalinista, y él mismo trataba de actuar como intermediario. Le contó a Kámenev que Stalin se había jactado en el Comité Central de que, en la lucha contra los bujarinistas, él pronto tendría a los trotskistas y a los zinovievistas a su lado, y de que en verdad ya los tenía "en el bolsillo". Bujarin se amilanó. Por mediación de Sokólnikov le imploró a la Oposición de izquierda que se abstuviera de apoyar a Stalin, e incluso sugirió una acción conjunta contra éste. Sin embargo, la sesión de julio del Comité Central terminó con el triunfo aparente de Bujarin, o más bien con una transacción entre éste y Stalin. Pero poco después volvieron a entrar en conflicto; y Bujarin se reunió secretamente con Kámenev en presencia de Sokólnikov. Le dijo a Kámenev que tanto él como Stalin se verían obligados a recurrir a la Oposición de izquierda y a tratar de hacer causa común con ella. Los bujarinistas y los stalinistas todavía se resistían a recurrir a sus antiguos enemigos, pero unos y otros sabían que tal medida se haría "inevitable en un término de dos meses". En todo caso, dijo Bujarin, era seguro que los opositoristas expulsados y deportados pronto serían llamados a Moscú y reinstalados en el Partido.<sup>47</sup>

Kámenev escribió un informe detallado de su reunión con Bujarin para enviárselo a Zinóviev, que todavía se hallaba semiexiliado en Voronezh; y este informe nos permite reconstruir la escena con su color y su atmósfera peculiares. El Bujarin que se encerró a discutir con Kámenev y Sokólnikov era un hombre muy diferente del que sólo siete meses antes, en el XV Congreso, había ayudado a aplastar a la Oposición. No había ahora en él ningún rastro de aquel Bujarin anterior, lleno de confianza en sí mismo y jactancioso, que se había burlado de Kámenev por "apoyarse en Trotsky" y al que Stalin había felicitado por "hacer pedazos" a los jefes de la Oposición "en lugar de discutir con ellos". Llegó a casa de Kámenev subrepticamente, aterrado, pálido, tembloroso, echando miradas aprensivas a su alrededor y hablando en susurros. Empezó por suplicarle a Kámenev que no le hablara a nadie de su reunión y que no la mencionara por escrito o por teléfono, porque ambos estaban siendo espiados por la GPU. Había venido, con el ánimo deshecho, a "apoyarse" en el hombre que él mismo había destruido moralmente. El pánico hacía que sus palabras fueran parcialmente incoherentes. Sin pronunciar el nombre de Stalin, repetía en forma obsesiva: "Él nos asesinará", "Él es el nuevo Gengis

---

*47- Los informes de los trotskistas de Moscú se hallan en The Trotsky Archives. La versión de las conversaciones de Sokólnikov con Kámenev está fechada el 11 de julio de 1928, y la de la reunión de Bujarin y Kámenev lleva fecha del 11 de agosto. Otro informe sobre una reunión entre los trotskistas y Kámenev es del 22 de septiembre. La versión de la conversación entre Kámenev y Bujarin la hicieron circular clandestinamente los trotskistas de Moscú unos cuantos meses después, en el momento de la deportación de Trotsky a Constantinopla*

Khan", "Él nos estrangulará". A Kámenev, Bujarin le dio ya "la impresión de un hombre condenado".

Bujarin confirmó que la crisis en la dirección del Partido había sido causada por el conflicto entre el gobierno y el campesinado. Durante la primera mitad del año, dijo, la GPU había tenido que reprimir 150 rebeliones campesinas esporádicas y muy alejadas entre sí: tal era la desesperación a que habían llevado a los *muzhiks* las medidas de emergencia de Stalin. En julio el Comité Central se mostró tan alarmado que Stalin tuvo que fingir una retirada: revocó provisionalmente las medidas de emergencia, pero sólo con el propósito de debilitar a los bujarinistas y prepararse mejor para un nuevo ataque. De entonces acá había logrado ganarse a Voroshílov y Kalinin, que habían simpatizado con los bujarinistas; y esto le había dado una mayoría en el Politburó. Stalin, informó Bujarin, estaba listo ahora para emprender la ofensiva final contra la agricultura privada. Había adoptado la idea de Preobrazhensky y sostenía que sólo "explotando" al campesinado podría el socialismo llevar adelante la acumulación primitiva en Rusia, porque, a diferencia del capitalismo de los primeros tiempos, no podría desarrollarse a través de la explotación de las colonias y con la ayuda de empréstitos extranjeros. De esto Stalin extraía la conclusión (que Bujarin calificaba de "analfabeta e idiota") de que, mientras más avanzara el socialismo, más fuerte se haría la resistencia popular, una resistencia que sólo una "dirección enérgica" podría dominar. "Esto significa un estado policiaco", comentó Bujarin; pero "Stalin no se detendrá ante nada", "su política nos llevará a la guerra civil; él se verá obligado a ahogar las rebeliones en sangre" y "nos denunciará como los defensores del *kulak*". El Partido estaba al borde de un abismo: si Stalin lograba imponerse, no quedaría ni un ápice de libertad. Y una vez más repitió: "él nos asesinará", "¿nos estrangulará". "La raíz del mal está en la completa fusión del Partido y el Estado".

Ésta era la situación en que Bujarin se decidió a recurrir a la Oposición de izquierda. Las antiguas divisiones, tal como él veía las cosas, habían perdido gran parte de su razón de ser: "Nuestras discrepancias con Stalin", le dijo Kámenev, "son muchísimo más graves que las que hemos tenido con ustedes". Lo que estaba en juego ahora no eran ya las diferencias normales de política, sino la preservación del Partido y del Estado y la autopreservación de todos los adversarios de Stalin. Aunque la Oposición de izquierda postulaba una política anti-*kulak*, Bujarin sabía que no deseaba ponerla en práctica con los métodos temerarios y sangrientos a que Stalin recurriría. En todo caso, lo que a Stalin le importaba no eran las ideas: "Él es un intrigante sin principios que lo supedita todo a su sed de poder... sólo conoce la venganza y... la puñalada por la espalda..." Así pues, los adversarios de Stalin no debían permitir que sus antiguas diferencias en el orden de las ideas les impidieran hacer causa común en defensa propia.

Deseoso de alentar a sus posibles aliados, Bujarin enumeró a continuación las organizaciones y los individuos influyentes que él suponía estaban dispuestos a unirse

contra Stalin. El odio que los obreros sentían por Stalin, dijo, era notorio: Tomsy, cuando se emborrachaba, solía decirle al oído a Stalin: "Nuestros obreros pronto empezarán a dispararle a usted, ya lo verá". En las células del Partido, los militantes estaban tan disgustados con la falta de principios de Stalin que, cuando se inició el viraje a la izquierda, preguntaban: "¿Por qué sigue Rikov a la cabeza del Consejo de Comisarios del Pueblo, mientras Trotsky está exiliado en Alma Ata?" Las "condiciones psicológicas" para la destitución de Stalin todavía no estaban maduras, pero iban madurando, sostenía Bujarin. Ciertamente era que Stalin se había ganado a Voroshilov y Kalinin; que Ordzhonikidze, que había llegado a odiar a Stalin, era un pusilánime; pero Andréiv, los dirigentes de Leningrado -¿era Kírov uno de ellos?- y Yagoda y Trillisser, los dos subjefes de la GPU, y otros, estaban dispuestos a volverse contra Stalin. Mientras alegaba que los dos jefes efectivos de la GPU estaban de su parte, Bujarin sin embargo no cesaba de referirse con terror a la GPU. Su versión de las fuerzas que él podría movilizar contra Stalin no podía inspirarle seguridad a su interlocutor.

Pocas semanas más tarde los trotskistas de Moscú informaron a Alma Ata sobre otra reunión que habían tenido con Kámenev. "Stalin está a punto de hacerle proposiciones a la Oposición de izquierda": tan seguro de ello estaba Kámenev que ya le había advertido a Zinóviev que no comprometiera la posición de aquélla respondiendo con demasiada avidez a los sondeos de Stalin. Sostenía que un desenlace era inminente, y que él estaba "totalmente de acuerdo con Trotsky" al pensar que la política de Stalin había despertado hostilidad en todo el campesinado, no sólo en los *kulaks*, y que la tensión había alcanzado su punto explosivo. En consecuencia, era inevitable un cambio en la dirección del Partido, cambio que "estaba llamado a ocurrir aun antes de terminal- el año". Pero Kámenev imploró a Trotsky que diera un paso que facilitara su reingreso en el Partido. "Liev Davidovich debería hacer una declaración ahora, diciendo: 'Llámenos y trabajaremos juntos'. Pero Liev Davidovich es terco. El no hará tal cosa; preferirá permanecer en Alma Ata hasta que envíen un tren especial a buscarlo. Pero cuando ellos se resuelvan a enviar ese tren, la situación se habrá hecho incontrolable y Kerensky estará *ante portas*". <sup>48</sup>

Stalin, sin embargo, no efectuó los sondeos directos que Kámenev esperaba. En lugar de ello, hizo muchas alusiones generales a una posible reconciliación; y se aseguró de que esas alusiones le llegaran a Trotsky por vías indirectas. Así, por ejemplo, le dijo a un comunista extranjero, asiático, que aun Trotsky y sus seguidores, a diferencia de los decemistas, habían permanecido "dentro de la ideología bolchevique", y que él, Stalin, sólo pensaba cómo hacerlos regresar lo antes posible. Los colaboradores íntimos de Stalin, Ordzhonikidze en particular, hablaban abierta y libremente sobre la rehabilitación de Trotsky; y en el VI Congreso de la Comintern se aconsejó confidencialmente a las

---

48- Kámenev resintió los ataques de Trotsky a los capituladores; ello no obstante, él y Zinóviev intervinieron ante Bujarin y Mólotov en favor de Trotsky y protestaron de que se le mantuviera en el exilio en condiciones perjudiciales para su salud.

delegaciones extranjeras que fueran tomando en cuenta la posibilidad, e incluso la probabilidad, de una coalición entre Stalin y Trotsky.<sup>49</sup>

La sensación de crisis se había propagado ya del Partido ruso a la Internacional. Pese al despliegue de unanimidad y de entusiasmo oficial, el VI Congreso se sintió decepcionado por la dirección conjunta de los asuntos de la Internacional por parte de Stalin y Bujarin. La *Crítica* de Trotsky al nuevo programa había circulado, en una versión censurada, en el Congreso, donde, según los corresponsales de Trotsky, causó impresión.<sup>50</sup> Aun aquellos dirigentes comunistas extranjeros que pasaban por stalinistas ardientes expresaron en privado su disgusto por los dogmas y rituales que Stalin había impuesto al movimiento comunista. Togliatti-Ercoli, según ciertos informes, se había quejado de la irrealdad de los trabajos del Congreso, "los aburridos y tristes desfiles de lealtad" y la arrogancia de los dirigentes rusos. "Uno se sentía como con ganas de ahorcarse de puro desaliento", se contó que había dicho. "La tragedia es que no se puede decir la verdad acerca de las cuestiones más importantes del momento. No nos atrevemos a hablar". Togliatti encontró la *Crítica* de Trotsky "extraordinariamente interesante... un análisis muy sensato del socialismo en un solo país". Thorcz, el dirigente francés, caracterizó el estado de ánimo prevaleciente en el Congreso como de "inquietud, descontento y escepticismo"; y él también aprobó buena parte de las críticas de Trotsky al socialismo en un solo país. "¿Cómo es posible", preguntó, "que se nos haya hecho tragar esta teoría?" Aun cuando el Partido ruso hubiese tenido que combatir al trotskismo, no debía haber aceptado el dogma de Stalin. La degradación de la Internacional le pareció a Thorez "casi intolerable". No fue posible ocultar al Congreso el conflicto entre Stalin y Bujarin, y fue en relación con esto que los delegados extranjeros de confianza se enteraron de que, en caso de un rompimiento definitivo con Bujarin, Stalin tal vez consideraría deseable o necesario formar una coalición con Trotsky.

Informes similares siguieron llegando a Alma Ata desde muchas fuentes durante todo agosto y septiembre. El propio Stalin indudablemente seguía alentando la creencia de que favorecía el regreso inminente de Trotsky. Esto era, en parte, engaño deliberado y *ruse de guerre*. Al dar a entender que estaba dispuesto a hacer las paces con Trotsky,

Stalin trataba de intimidar a Bujarin y Ríkov, de confundir a los trotskistas y de hacer que los conciliadores entre éstos desearan la reconciliación con mayor impaciencia aún de la que ya sentían. Pero Stalin no sólo simulaba. Todavía no podía sentirse muy seguro del resultado final de su enfrentamiento con Bujarin, Ríkov y Tomsy, y de su habilidad para lidiar simultáneamente, en medio de una crisis nacional, con ambas oposiciones, la de derecha y la de izquierda. Trabajaba infatigablemente para poner de rodillas a las dos oposiciones, pero mientras no hubiese cumplido plenamente este propósito, tenía

49- Véase una carta sin fecha intitulada "Podgotovka Kongresa" y otra correspondencia sin fecha desde Moscú, en *The Trotsky Archives*.

50- Fue de esta versión que los comunistas norteamericanos sacaron la *Crítica de Rusia* y la publicaron en los Estados Unidos en 1928.

que mantener su puerta abierta a un acuerdo con una de ellas. Su posición era ya tanto más fuerte que la de Bujarin, que no tenía necesidad de hacer sondeos directos. Pero lanzó globos de prueba y observó cómo los recibían Trotsky y sus partidarios.

Trotsky estaba bien preparado para enfrentarse a algunos de estos acontecimientos, pero otros lo tomaron por sorpresa. El recrudecimiento, en una forma tan peligrosa, del conflicto entre la ciudad y el campo, el rompimiento entre Stalin y Bujarin, y la circunstancia de que los ojos de algunos de sus adversarios y de los capituladores estuviesen fijos una vez más en él, eran hechos que coincidían con las expectativas de Trotsky. Éste todavía se inclinaba a pensar que la facción stalinista no sería capaz de arreglárselas por sí sola y que tendría que suplicar a la Oposición de izquierda que acudiera a su rescate. Trotsky había declarado repetidamente, de la manera más formal y solemne, que en tal situación la Oposición "cumpliría con su deber" y no negaría su cooperación. Ahora reiteró esa promesa. Pero añadió que rechazaba todas las "combinaciones burocráticas", que no estaba dispuesto a negociar tras bastidores por su lugar en el Politburó o a contentarse con una parte del control sobre el aparato del Partido como la que Stalin pudiera ofrecerle *in extremis*. Él y sus partidarios, declaró, reingresarían en el Partido sólo bajo las condiciones de la democracia proletaria, reservándose la plena libertad de expresión y crítica, y a condición de que la dirección del Partido fuera elegida por el voto secreto de los militantes de base en lugar de ser escogida por la jerarquía mediante las conocidas maquinaciones interfaccionales.<sup>51</sup>

La situación de Stalin, difícil y todo, no era tan desesperada como para obligarlo a aceptar las condiciones de Trotsky. Éste contaba, sin embargo, con que la situación se deterioraría más aún y entonces el grueso de la facción stalinista, con o sin su jefe, tendría que buscar un acuerdo bajo las condiciones estipuladas por él. Tanto por razones de principio como de interés, él no consideraría otras condiciones: después de todas sus experiencias no se pondría a merced de los favores del "aparato".

Mientras tanto, sin embargo, Trotsky tuvo que enfrentarse a un inesperado giro de los acontecimientos. Durante años no había cesado de hablar del "peligro de la derecha" y de prevenir al Partido contra los defensores del *kulak* y los termidorianos. Había estado dispuesto a formar un "frente unido" con Stalin contra Bujarin. Pero era Bujarin quien le imploraba a la Oposición de izquierda que hiciera causa común contra Stalin, su enemigo y opresor común. Cuando Bujarin susurraba aterrorizado: "Él nos estrangulará, él nos asesinará", Trotsky no podía desechar tales palabras como meras imaginaciones de un hombre confundido y acosado por el pánico. Él mismo había hablado repetidamente sobre el holocausto que el "sepulturero de la revolución" le estaba preparando al Partido. Ciertamente era que el llamado de Bujarin había sido tardío, después de que él mismo había ayudado a Stalin a aplastar a la Oposición y a destruir la libertad en el Partido. Pero Bujarin no era el primero de los adversarios de Stalin que se comportaba en esa forma.

51- Véase, por ejemplo, la carta de I'rolsky a S. A. (20 de agosto de 1928).

Zinóviev y Kámenev habían hecho lo mismo, y sin embargo, eso no le había impedido a Trotsky hacer causa común con ellos. ¿Debería él rechazar entonces la mano tendida de Bujarin? Si Stalin le estaba arrebatando una bandera a Trotsky, la del viraje a la izquierda, Bujarin le quitaba otra: apelaba a la Oposición de izquierda en nombre de la democracia proletaria. Trotsky se halló colocado entre la espada y la pared: no podía ignorar el llamado de Bujarin sin negar uno de sus propios principios; y no podía responder a ese llamado sin actuar, o dar la impresión de actuar, contra otro de sus principios, que lo obligaba a apoyar el viraje a la izquierda.

Buscando una salida, asumió una actitud inás reservada frente al viraje de Stalin a la izquierda y atenuó el énfasis con que proclamaba el apoyo de la Oposición a esa política. Desde todas partes de la Unión Soviética sus seguidores le escribían informándole sobre el terror que Stalin había desencadenado en el campo en la primavera y a comienzos del verano y sobre las "orgías de brutalidad" a que había sometido a los campesinos medianos y aun a los pobres. Los funcionarios trataban de eludir su responsabilidad diciendo a la gente que la presión trotskista y zinovievista había provocado la ofensiva contra los campesinos. Todo indicaba que si Stalin reanudaba la nueva política de izquierda, ésta causaría un cataclismo sangriento. Trotsky se negó de antemano a aceptar cualquier parte de la responsabilidad por esto. En agosto de 1928, casi un año antes de que comenzara la "liquidación de los *kulaks*", escribió a sus seguidores que, aunque la Oposición se había comprometido a apoyar el viraje a la izquierda, nunca había propuesto tratar al campesinado a la manera stalinista. Había favorecido el aumento de los impuestos a los ricos, el apoyo del gobierno a los agricultores pobres y el estímulo a la colectivización voluntaria, pero no una "política de izquierda" cuyo ingrediente principal fuera la fuerza y la brutalidad administrativa. Al juzgar la política de Stalin, "era necesario considerar no sólo *lo que éste hacía*, sino también *cómo lo hacía*".<sup>52</sup> Trotsky no sugería que la Oposición debía dejar de apoyar la política de izquierda, pero recalca más que nunca que debía combinar el apoyo con la crítica severa. Hizo clara su discrepancia con los conciliadores que se sentían reanimados por la reciente evidencia de que el rompimiento entre Stalin y Bujarin era irremediable y de que Stalin estaba a punto de reanudar su "ofensiva contra el *kulak*". Rechazó las exhortaciones de Kámenev con burla y desprecio. Declaró que no haría nada para "facilitar" su reingreso en el Partido y que no les suplicaría a sus victimarios que lo llamasen de regreso a Moscú. A ellos les tocaba hacer tal cosa si así lo deseaban, pero aun entonces él no dejaría de atacarlos a ellos y a los capituladores.<sup>53</sup>

---

52- Véase la carta de Trotsky del 30 de agosto a Palátnikov, "profesor rojo", economista, exiliado en Aktiubinsk. En una carta a Rakovsky del 13 de julio, Trotsky escribió que Rádck y Procozhensky se imaginaban que la facción stalinista, después de moverse hacia la izquierda, sólo tenía detrás "una cola derechista" y debía ser convencida de que se deshiciera de ella. Aun si eso fuera cierto, comentaba Trotsky, ayudaría poco: "un mono que se libra de su cola no es todavía un ser humano". *The Trotsky Archives*.

53- "Pismo Druziam" del 21 de octubre

Ésta fue la respuesta de Trotsky no sólo a las sugerencias, sino también a los vagos y alusivos requiebros de Stalin. La conciliación entre ellos estaba descartada. Trotsky respondió mucho más favorablemente al llamado de Bujarin. Lo hizo en "Una conversación franca con un hombre de Partido bien intencionado", una carta circular del 12 de septiembre. El "hombre de Partido bien intencionado" era un bujarinista que le había escrito a Trotsky inquiriendo sobre su actitud frente al ala derecha, que ahora era la Oposición de derecha. Trotsky le respondió diciendo que, en lo tocante a las cuestiones importantes de política industrial y social, el abismo que los separaba seguía siendo tan profundo como siempre. Pero añadió que estaba dispuesto a cooperar con el ala derecha con un propósito, a saber, la restauración de la democracia en el seno del Partido. Si Ríkov y Bujarin estaban dispuestos a colaborar con la izquierda para preparar conjuntamente un Congreso del Partido honradamente elegido y verdaderamente democrático, él favorecía un entendido con ellos.

Esta declaración causó asombro y hasta indignación en las colonias trotskistas. Muchos exiliados, no sólo los conciliadores, protestaron y recordaron a Trotsky la frecuencia con que él mismo había descrito las coaliciones de la derecha y la izquierda dirigidas contra el centro como ajenas a los principios, perniciosas y causantes de la ruina de más de una revolución. ¿No había sido Termidor precisamente una combinación de jacobinos de izquierda y de derecha unidos contra el centro de Robespierre? ¿No había estado determinada hasta entonces toda la conducta de la Oposición por su disposición a coaligarse, bajo ciertas condiciones, con los stalinistas contra los bujarinistas y no a la inversa? ¿No había reafirmado el propio Trotsky este principio recientemente, cuando aseguró a la Internacional Comunista que la Oposición de izquierda nunca entraría en ninguna combinación con quienes se oponían a Stalin desde la derecha?

Trotsky replicó diciendo que él todavía consideraba a la derecha bujarinista, más bien que el centro stalinista, como el adversario principal. Él no había propuesto a Bujarin ninguna coalición referente a cuestiones de política. Pero no veía ninguna razón para que no hicieran causa común para alcanzar un objetivo claramente definido como era la restauración de la libertad en el seno del Partido. Estaba dispuesto a "negociar con Bujarin del mismo modo que los rivales en un duelo discuten, a través de sus padrinos, las reglas bajo las cuales tendrá lugar su encuentro"<sup>54</sup> La izquierda no podía desear otra cosa que proseguir su controversia con la derecha bajo las reglas de la democracia interna en el Partido; y si esto era también lo que la derecha deseaba, nada sería más natural que la colaboración entre ambas para hacer valer esas reglas.

Este razonamiento resultaba poco convincente para los seguidores de Trotsky. Éstos estaban tan acostumbrados a ver en la facción de Bujarin a su enemigo principal, que no podían contemplar ningún acuerdo con ella. Habían atacado durante tanto tiempo y

---

54- Véase ".Va Zloby Dnia" (sin fecha precisa), la respuesta de Trotsky a sus críticos, en *The Trotsky Archives*.

con tanta persistencia a los stalinistas como los cómplices hipócritas de la derecha, que se horrorizaban de pensar que ellos mismos pudieran aparecer como cómplices de ésta. Tampoco podían aceptar la explicación de Trotsky de que él sólo les había propuesto a los bujarinistas un acuerdo técnico, algo similar al establecimiento de reglas para un duelo. Por principio de cuentas, no se trataba de un duelo sino de una lucha entre tres adversarios, en la que cualquier acuerdo entre dos de ellos iba dirigido automáticamente contra el tercero. Por otra parte, la democracia interna en el Partido era un problema político por excelencia que guardaba relación con todas las cuestiones importantes. Una alianza de la izquierda y la derecha, por limitado que fuera su propósito, tendría como resultado, en caso de triunfar, el derrocamiento de la facción stalinista, y ello después de que ésta había iniciado el viraje a la izquierda. El viraje a la izquierda quedaría frenado de inmediato. La secuela dependería del incierto resultado de la lucha entre la izquierda y la derecha. Si la derecha lograba vencer, proclamaría de seguro aquella neo-NEP cuyo peligro había obsesionado a los trotskistas. ¿Podían éstos correr semejante riesgo? Con el país al borde de la catástrofe económica y el campesinado próximo a la sublevación, ¿debían ellos exponer al Partido a una convulsión en el transcurso de la cual los stalinistas podrían ser derrocados, pero los bujarinistas y los trotskistas podrían ser incapaces de resolver sus diferencias democráticamente, no digamos ya gobernar conjuntamente? Así podrían arruinar involuntariamente al Partido y dar a Jas fuerzas antibolcheviques la oportunidad que esperaban. Ésta sería en verdad una situación clásicamente termidoriana, pues había sido precisamente una coalición similar de la izquierda y la derecha, exasperadas ambas por el terror, la que había producido la caída de Robespierre. ¿No estaba Trotsky jugando ahora con fuego termidoriano, él que durante todos aquellos años había prevenido a los demás contra tal juego?

Trotsky y la Oposición se hallaban en un atascadero. Si alguna posibilidad de autopreservación les quedaba, ésta consistía en una amplia alianza de todos los bolcheviques antistalinistas. Y, sin embargo, difícilmente podían esperar que ni siquiera tal alianza los salvara. Tenían razones para temer que el resultado de ésta fuera el fin del partido bolchevique. Al considerar por un momento la idea de una coalición, tanto Trotsky como Bujarin fueron movidos por un efímero reflejo de autodefensa. Ninguno de los dos, sin embargo, podía llevar más lejos sus acciones sobre la base de ese reflejo. Ambas facciones estaban más preocupadas por preservar al Partido tal como existía que por preservarse ellas mismas; o de lo contrario no veían claramente su inexorable dilema. Algunos de los dirigentes, indudablemente, lo veían. El informe de Kámenev sobre su reunión con Bujarin contiene estas sombrías palabras: "Algunas veces le digo a Yefim: '¿No es irremediable nuestra situación? Si nuestra nación es aplastada, nosotros seremos aplastados con ella; y, si se salva y Stalin cambia de rumbo con el tiempo, también seremos aplastados'" - Rádek, en una carta a sus camaradas, describió la elección que tenían ante sí como una elección "entre dos formas de suicidio político", una de las cuales consistía en ser amputados del Partido y la otra en reingresar en el

Partido después de haber abjurado de sus propias convicciones.<sup>55</sup>

La desesperada oferta de una alianza de Bujarin y la respuesta tentativa de Trotsky no tuvieron, por consiguiente, ninguna secuela. Los bujarinistas no podían reaccionar frente a la proposición de su jefe sino con la misma resistencia con que los trotskistas habían recibido la respuesta del suyo. Ellos habían visto a sus peores enemigos en los trotskistas y los zinovievistas, y su más reciente acusación a Stalin era la de que éste se había convertido en un criptotrotskista (o, como decía Bujarin, que había adoptado las ideas de Preobrazhensky). ¿Cómo, entonces, podían ellos contemplar la posibilidad de una alianza con los trotskistas? Los bujarinistas sabían que estos últimos y los zinovievistas veían el viraje a la izquierda con una simpatía vergonzante; el propio Bujarin debe de haber inferido lo mismo de su conversación con Kámenev. Y si incluso los trotskistas desterrados temían al trauma a que quedaría expuesto el Partido como resultado de una coalición de la izquierda y la derecha, ¡ cuánto más deben de haber temido esta posibilidad los bujarinistas, que habían pertenecido y seguían perteneciendo al grupo gobernante! Las alusiones de Stalin en el sentido de que se aliaría con Trotsky si ellos se portaban mal. los llenaron de pavor. Y decidieron no portarse mal. Ni siquiera trataron de hacer pública la lucha contra Stalin, como lo habían hecho los trotskistas y los zinovievistas; o, si lo hicieron, descubrieron que al privar a la Oposición de izquierda de la libertad de expresión, también se habían privado ellos mismos de esa libertad. Bujarin, por lo tanto, no pudo llevar adelante sus acercamientos ni responder a la idea de Trotsky de un "acuerdo limitado".

Estos acontecimientos fortalecieron a los conciliadores trotskistas. Tres de los jefes más autorizados de la Oposición en el exilio -Smilgá, Serebriakov e Iván Smirnov- se solidarizaron ahora con Rádek y Preobrazhensky. Era claro, sostenían, que Stalin no había dicho "su última palabra" en julio, cuando pareció ceder ante el *kulak-*, el viraje a la izquierda proseguía. Trotsky había admitido implícitamente que la Oposición de izquierda no podía persistir en un orgulloso aislamiento y que debía buscar aliados; pero sus aliados naturales eran los stalinistas, no los bujarinistas. Esto no equivale a decir que los conciliadores vieran con regocijo la manera como Stalin trataba a la oposición de derecha. "Hoy el régimen golpea a Bujarin", escribió Smilga, "en la misma forma en - La carta, fechada el 16 de septiembre, se halla en The Trotsky Archives. que golpeó a la Oposición leninista... (los bujarinistas) están siendo estrangulados a espaldas del Partido y de la clase obrera". Pero "la Oposición leninista no tiene razones para expresar simpatía política por la derecha en razón de esto": su consigna seguía siendo "¡Abajo la derecha!"<sup>56</sup> Ésta había sido la consigna de Trotsky en el verano, pero apenas lo era

55- La carta, fechada el 16 de septiembre, se halla en The Trotsky Archives.

56- La cita está tomada de "Platfomia Pravovo Kryla VKP (b)" (23 de octubre de 1928), que fue un comentario sobre el artículo de Bujarin "Zametki Ekonomista", publicado en Pravda el 30 de septiembre. (Ésta fue la única declaración pública que hizo Bujarin sobre sus objeciones a la política de izquierda.) Smilgá también estaba escribiendo un libro sobre Bujarin y el bujarinismo, pero no se sabe si lo terminó

ya en el otoño. Las relaciones entre él y los conciliadores se hicieron tensas y hostiles. Trotsky apenas se mantenía en contacto con Preobrazhensky, y su correspondencia con Rádek se volvió áspera intermitente. Rádek protestó contra los duros ataques de Trotsky a Zinóviev, Kámenev y los demás capituladores. "Es ridículo pensar", escribió, "que ellos se han rendido sólo por cobardía. El hecho de que un grupo tras otro hable un día contra la capitulación y al día siguiente resuelva capitular, y de que esto haya sucedido repetidamente y muchas veces, demuestra que nos encontramos frente a un conflicto de principios y no sólo frente al temor a la represión".<sup>57</sup> Era cierto que los capituladores cometían un suicidio político, pero también lo hacían quienes se habían negado a capitular. Sólo quedaba la esperanza de que nuevos desplazamientos dentro del Partido y la ulterior evolución de éste hacia Ja izquierda despejaran el ambiente y permitieran a la Oposición reingresar en el Partido con dignidad.

Mientras disculpaba en esa forma las motivaciones de Zinóviev y Kámenev, Rádek hizo circular entre sus camaradas un extenso tratado que había escrito para refutar la Revolución Permanente de Trotsky.<sup>58</sup> No lo envió, sin embargo, a Trotsky, quien lo recibió por trasmano desde Moscú. Junto con una respuesta irónica, Trotsky envió a Rádek los propios escritos anteriores de éste en defensa del trotskismo, diciéndole que en ellos encontraría la mejor refutación de sus nuevos argumentos.<sup>59</sup> Trotsky todavía no sospechaba que Rádek tuviera la intención de capitular. Confiaba en que el sentido del humor y sus hábitos marxistas europeos no permitirían a Rádek incurrir en el ritual "bizantino" de una retractación. Como aún lo quería y lo admiraba, Trotsky atribuyó el comportamiento de Rádek a la "melancolía" y lo defendió a él y a Preobrazhensky contra las suspicacias de los jóvenes irreconciliables.<sup>60</sup>

Incluso ahora todos los opositoristas, conciliadores e irreconciliables por igual, seguían considerando a Trotsky como su jefe indiscutible. Los sentimientos que abrigaban respecto a su persona están ejemplificados de la manera más elocuente en una protesta que el propio Rádek envió al Comité Central en octubre, cuando las noticias sobre el deterioro de la salud de Trotsky causaron gran preocupación entre los exiliados:

La enfermedad de Trotsky ha agotado nuestra paciencia (escribió Rádek). No podemos ver y callar mientras el paludismo mina la fuerza de un luchador que ha servido a la

57- Véase la carta circular de Rádek a sus camaradas del 16 de septiembre.

58- El texto del tratado *Razuitie i Znachenie Lozunga Proletarskoi Diktatury* (inéedito hasta ahora) se halla en *The Trotsky Archives*. En respuesta al mismo, Trotsky escribió su *Permanentnaya Revolutsia*, la defensa histórico-tórica más extensa de su concepción.

59- Véase la carta de Trotsky a Rádek del 20 de octubre, en *The Trotsky Archives*.

60- Aún muchos meses más tarde, hacia fines de mayo de 1929, en *Prinkipo*, Trotsky recibió las primeras noticias de la capitulación de Rádek con la mayor incredulidad, y escribió: "Rádek tiene tras de sí un cuarto de siglo de actividad marxista revolucionaria. . . es de dudarse que sea capaz de unirse a los stalinistas. En todo caso, no será capaz de permanecer con ellos. Es demasiado marxista y demasiado intemacionalista para poder hacer tal cosa". *The Trotsky Archives*.

clase obrera durante toda su vida y que fue la Espada de la Revolución de Octubre. Si la atención a los intereses faccionales ha extinguido en ustedes todos los recuerdos de una lucha revolucionaria común, dejemos que hablen la inteligencia y los hechos concretos. Los peligros a que se enfrenta la República Soviética se acumulan... Sólo quienes no comprenden qué hace falta para vencer esos peligros pueden permanecer indiferentes ante la muerte lenta de ese corazón combatiente que es el camarada L. D. Trotsky. Pero aquellos de ustedes -y yo estoy convencido de que no son pocos- que piensan con espanto en lo que podría deparar el día de mañana deben decir: ¡Basta ya de este juego inhumano con la salud y la vida del camarada Trotsky! <sup>61</sup>

Desde el verano, en efecto, la salud de Trotsky se había deteriorado. Volvió a sufrir ataques de fiebre palúdica, fuertes dolores de cabeza y la infección estomacal crónica que habría de afectarlo hasta el fin de sus días. Las noticias de su enfermedad dieron lugar a que los exiliados enviaran numerosas cartas y telegramas expresándole su simpatía y protestando ante Moscú. Algunos de los deportados, deseosos de llevar a cabo una acción más vigorosa en defensa de Trotsky, planearon una huelga de hambre colectiva. Él los convenció, con dificultad, de que no tomaran una decisión tan desesperada. No era necesario -dijo en mensajes enviados a las colonias- preocuparse demasiado por su estado de salud, que no era tan malo como para que no pudiera trabajar. Era aconsejable hacer circular más ampliamente las protestas que la Oposición ya había hecho; pero sería precipitado recurrir a una acción drástica que tal vez sólo empeoraría la situación de los afectados. <sup>62</sup>

A medida que avanzó el otoño, más nubarrones se acumularon sobre la cabeza de Trotsky. En octubre dejó de recibir cartas de sus amigos y seguidores; sólo le llegaban las comunicaciones de los hombres que estaban dispuestos a desertar de la Oposición. Sus propias cartas y mensajes tampoco llegaban a sus destinatarios. Ni siquiera pudo obtener respuesta a los telegramas en que preguntaba por la salud de Zina, que seguía causándole preocupación. Pasó los días del aniversario de la Revolución solitario y aprensivo: no le llegó ninguno de los saludos acostumbrados. A continuación los malos augurios se multiplicaron. Un funcionario local, que había simpatizado secretamente con la Oposición y se había mantenido en contacto con Trotsky, fue encarcelado súbitamente. Un opositorista que había venido desde Moscú, había conseguido un trabajo de chofer en Alma Ata y solía reunirse subrepticamente con Trotsky en los baños públicos, y que, según parece, había estado a cargo del "correo secreto" entre Alma Ata y Moscú, desapareció sin dejar rastros. La familia se había mudado nuevamente de la *dacha* con su huerta y sus macizos de flores a la ciudad desagradable. "Desde fines de octubre", escribió Sedova a unos amigos, "no hemos recibido cartas de casa. No obtenemos

61- Citado de *The Militant*, lo. de enero de 1929.

62- Éste, por ejemplo, es el texto de un telegrama a los deportados de Yenisseisk (14 de octubre de 1928): "Opóngome categóricamente a formas de protesta contempladas por ustedes... Mi enfermedad no es inmediatamente peligrosa. Ruégo es observar línea (de conducta) común. Saludos fraternales. Trotsky". *The Trotsky Archives*.

respuesta a nuestros telegramas. Estamos sometidos a un bloqueo postal. Esto no será todo, por supuesto. Esperamos algo peor... Aquí estamos sufriendo una severa helada. El frío en nuestras habitaciones es una agonía. Las casas de aquí no están construidas para el clima frío. El precio de la leña es increíblemente elevado”.

Por último, a Trotsky le llegaron rumores de muchas partes en el sentido de que no lo dejarían en Alma Ata, que sería deportado más lejos aún y aislado mucho más rigurosamente. En un principio desechó los rumores. “No espero que ocurra tal cosa: ¿adonde demonios podrían mandarme?”, escribió a Elzin el 2 de octubre. Contempló un invierno de intensos estudios y trabajo literario en Alma Ata y, por supuesto, de excursiones de caza en los bosques vecinos. Pero los rumores persistieron, y el bloqueo postal y otras señales indicaban que “algo peor” estaba, efectivamente, a punto de ocurrir.

Aquél fue un otoño extraño. En ocasión del aniversario de la Revolución, resonaron desde la Plaza Roja en Moscú estas consignas oficiales: “¡El Peligro está en la Derecha!”, “¡Ataquemos al *kulak!*”, “¡Luchemos contra los nuevos ricos de la NEP!”, “¡Aceleremos la Industrialización!”; y las consignas retumbaron por todo el país, penetrando hasta los rincones más apartados, aun hasta Alma Ata. ¡Durante cuánto tiempo había tratado Trotsky de convencer al Partido de que adoptara esas consignas! Hacía apenas un año, en ocasión de la misma fecha de aniversario, sus partidarios habían desfilado por las calles de Moscú con las mismas consignas inscritas en sus banderas.

Entonces fueron dispersados, golpeados y acusados de contrarrevolucionarios. No podía darse, se habría podido pensar, una reivindicación más categórica de la Oposición que el hecho de que el grupo gobernante se viera obligado a apropiarse sus ideas. Nadie que tuviera el mínimo interés en los asuntos públicos podía dejar de advertirlo. Los feroces ataques contra Trotsky, el “superindustrializador” y el “enemigo del *muzhik*” se mantenían vivos aún en los recuerdos de todos. Ahora la insinceridad y la vileza de esos ataques se pusieron de manifiesto con claridad meridiana. Muchos bolcheviques se preguntaron si el propio Stalin no se estaba convirtiendo ahora en un superindustrializador y enemigo de los campesinos. Con todo, este año al igual que el anterior, millones de ciudadanos marcharon en los desfiles oficiales, recorrieron las rutas prescritas y gritaron las consignas prescritas como si nada desacostumbrado hubiese sucedido y como si ellos mismos hubiesen sido incapaces de pensar, reflexionar y actuar.

La apatía popular permitió a Stalin robarse las vestimentas de Trotsky con impunidad. Trotsky todavía se consoló pensando que Stalin no sería capaz de usarlas porque no le vendrían bien. Todavía contó con que, a medida que la crisis nacional se profundizara, la facción stalinista sería incapaz de resolverla ella sola. La crisis, en efecto, se había hecho más profunda. Con el campesinado en rebelión y las ciudades amenazadas por el

temor al hambre, la nación vivía en una tensión insoportable. Había en el ambiente una nerviosidad febril y una sensación de peligro y alarma. El aparato del Partido movilizó rigurosamente sus fuerzas y exhortó a todos a estar preparados para enfrentarse a una grave aunque todavía indefinida situación de emergencia. Pero no mostró ninguna inclinación a hacer regresar a los opositores exiliados.

Hacia fines del año Stalin se hallaba en una posición mucho más fuerte que la que había ocupado en el verano. Le temía menos al enfrentamiento simultáneo con dos Oposiciones. La derecha estaba atemorizada y desmoralizada y en vías de capitular. La izquierda estaba desgarrada por las disensiones y paralizada. Stalin siguió de cerca las disputas entre Trotsky, Rádek, Preobrazhensky, los irreconciliables y los decemistas, y llegó a la conclusión de que el tiempo transcurría en su favor. Todavía estaba enfrascado en los preparativos de su ofensiva general en favor de la industrialización y la colectivización, y los conciliadores trotskistas consideraban ya que no debían permanecer al margen. ¿Cuánto más no pensarían así una vez que él hubiese pasado de los preparativos a la acción? Ciertamente era que los conciliadores no estaban todavía en disposición de rendirse, pero se aproximaban constantemente a esa fase y todo lo que necesitaban para llegar a ella era tiempo y un poco de estímulo. A través de sus agentes, Stalin los estimuló por todos los medios a su alcance: invocó el interés supremo de la revolución, apeló a la lealtad bolchevique, combinó los halagos con las amenazas e intensificó el terror contra los trotskistas irreconciliables y los decemistas.<sup>63</sup> De esta manera esperaba hacer realidad su afirmación jactanciosa, que había sido prematura cuando la hizo, de que tenía a la Oposición de izquierda "en el bolsillo". Él, en realidad, necesitaba la ayuda de la izquierda para poner en práctica su nueva política. Pero estaba empeñado en obtener esa ayuda, no aliándose con la izquierda, sino escindiéndola, doblegando a un sector importante de ella y volviéndolo contra Trotsky. Tenía la esperanza de infligir a éste una derrota mucho más demoledora que todos los golpes que le había asestado hasta entonces.

Sin embargo, pese a toda su fuerza, Stalin no podía estar seguro de que sería capaz de lograr lo que se había propuesto. Estaba a punto de acometer una empresa gigantesca como la que nunca había intentado ningún otro gobernante: iba a expropiar de un solo golpe a más de veinte millones de agricultores y a meterlos a ellos y sus familias en granjas colectivas; iba a empujar a la Rusia urbana a una campaña de industrialización en la que los horrores de la acumulación primitiva capitalista habrían de reproducirse en una escala inmensa y de condensarse en un período sumamente breve. Él no podía saber cómo habría de reaccionar la nación, qué desesperación, ira, violencia y rebelión podría engendrar la tremenda transformación: en qué situación llegaría a encontrarse él mismo, ni si sus adversarios tratarían entonces de aprovechar su oportunidad. Si

*63- En el otoño la vigilancia policíaca sobre los deportados fue intensificada súbitamente y muchos de ellos fueron encarcelados. V. Smirnov fue enviado a prisión porque se reportó con cinco minutos de retraso a la GPU local para una inspección de rutina. Bútov, uno de los secretarios de Trotsky, murió en la cárcel después de una huelga de hambre que duró cincuenta días.*

hubieren de aprovecharla, era seguro que se volverían hacia Trotsky en busca de dirección. Aun desde Alma Ata, las ideas de Trotsky y su personalidad, rodeada por la aureola del martirio heroico, fascinaban a la *élite* bolchevique. Pese a toda la confusión y el desaliento que imperaban entre los exiliados, el trotskismo iba ganando nuevos adeptos en las células del Partido. La GPU tenía que bregar con tantos de ellos que hacia fines de 1928 entre 6,000 y 8,000 opositores de izquierda fueron encarcelados y deportados, en tanto que a principios del mismo año la fuerza de los trotskistas y los zinovievistas juntos se calculaba entre 4,000 y 5,000 solamente. Kámenev no era el único que pensaba que en una situación crítica el Partido tendría que "enviar un tren especial" para traer a Trotsky. Los exámenes de conciencia abundaban entre los capituladores e incluso entre los stalinistas, algunos de los cuales se preguntaban si, en caso de que el viraje a la izquierda estuviese justificado, Trotsky no había tenido siempre la razón; se sentían, en consecuencia, asqueados por las calumnias y la brutalidad de que habían sido objeto. Stalin sabía que, por casi cada uno de los seis u ocho mil opositores que habían preferido la prisión y el exilio a la renuncia a sus ideales, había uno o dos capituladores que estaban de acuerdo en el fondo de su conciencia con sus camaradas menos doblegables, y uno o dos vacilantes o "conciliadores" (*dvurushniki*, los hombres, de dos caras, como los llamaba él) en su propia facción. Todos ellos mantenían la cabeza baja ahora; pero, ¿no se levantarían contra él cuando cambiara la marea?

Stalin tampoco podía tomar a la ligera la amenaza de una alianza entre Trotsky y Bujarin. Aunque esta vez no se había materializado, la amenaza subsistía mientras Trotsky fuera el jefe indiscutible de la Oposición de izquierda y pudiera ser traído de regreso por un "tren especial". Stalin, por consiguiente redobló sus esfuerzos para quebrantar el espíritu de la Oposición. Sus agentes ofrecieron todas las esperanzas y tentaciones posibles a Rádek, Prcobrazhensky y sus amigos, prometiendo la rehabilitación, invocando propósitos comunes y hablando del grande, fructífero y honroso trabajo que ellos podían desempeñar aún en beneficio del Partido y del socialismo. Todos estos esfuerzos, sin embargo, tropezaron con el formidable obstáculo de la influencia que Trotsky ejercía desde Alma Ata y que había impedido hasta entonces que la Oposición en el exilio se desintegrara. Stalin estaba decidido a apartar ese obstáculo de su camino.

Pero ¿cómo hacerlo? Todavía no se atrevía a despachar al asesino, ni siquiera a arrojar a su enemigo a la cárcel. El oprobio habría sido demasiado grande, porque, pese a todo lo que había sucedido, el papel de Trotsky en la revolución era todavía demasiado reciente y vivo en la mente de la nación. Stalin, por consiguiente, planeó expulsar a Trotsky de Rusia. Sabía que aun eso causaría consternación, y preparó cuidadosamente a la opinión pública. En primer lugar, hizo circular rumores sobre el nuevo destierro: a continuación ordenó que los rumores fueran desmentidos; y por último volvió a difundirlos. De esa manera embotó la sensibilidad pública. Sólo después de que los rumores circularan, fueran desmentidos y volvieran a circular, haciendo que la gente se familiarizara con la idea de la expulsión de Trotsky de la URSS y ésta se hiciera menos repugnante, podía

Stalin realizar su plan.

En medio de todas las incertidumbres acerca de su futuro, Trotsky planteó de nuevo la gran pregunta desconcertante: "¿Adonde va la revolución?" La Unión Soviética vivía ahora el gris intervalo entre dos épocas: entre la NEP y la "segunda revolución" de Stalin.<sup>64</sup> Los contornos del porvenir eran borrosos: a lo sumo sólo podían vislumbrarse oscuramente, como a través de un cristal). Trotsky iba cobrando conciencia de que algunas de las ideas que él había expuesto en los últimos años estaban a punto de ser rebasadas por los acontecimientos. Trató de ir más allá de esas ideas, pero ellas gravitaban fuertemente sobre él. Intentó esbozar nuevas perspectivas, pero los hábitos mentales, formados durante la NEP y adaptados a sus realidades, y los recuerdos históricos de la Revolución Francesa siguieron obstruyendo su visión.

Trotsky comprendía, por ejemplo, que su concepción del Termidor soviético se había hecho insostenible. Había llegado a ser absurdo mantener que Bujarin y Ríkov fueran todavía *los* defensores de la propiedad privada, que Stalin fuera su cómplice involuntario y que aquéllos estuvieran destinados a ser los beneficiarios últimos de la política de este. Trotsky, en consecuencia, abandonó virtualmente su concepción del Termidor soviético.<sup>65</sup> En una "Carta a los Amigos", escrita en octubre de 1928,<sup>66</sup> y que es uno de los ensayos más notables del período de Alma Ata (aunque está escrita en la fraseología peculiar de la Oposición), sostenía que Bujarin y los bujarinistas eran termidorianos fallidos que habían carecido del valor necesario para actuar de acuerdo con sus convicciones. Describió irónica y vividamente su comportamiento con las siguientes palabras: "Bujarin ha ido más lejos que cualquiera de los jefes de la derecha [en su defensa de los intereses del *kulak* y del nuevo rico de la NEP], mientras Ríkov y Tomsky lo han observado a prudente distancia. Pero cada vez que Bujarin mete el pie en el agua fría (de Termidor) tiembla, se estremece y lo saca rápidamente; y Tomsky y Ríkov corren a refugiarse entre los arbustos". En consecuencia, el *kulak*, el nuevo rico de la NEP y el burócrata conservador, desilusionados con los jefes de la derecha bolchevique, se inclinaban a buscar un liderato más efectivo en otra parte, especialmente en el ejército. Con los precedentes franceses en mente. Trotsky se refirió a la inminencia del "peligro bonapartista", implicando que la Revolución Rusa podría ahorrarse el Termidor y pasar directamente de la fase bolchevique a la fase bonapartista.

El peligro bonapartista, añadía, podría adoptar dos formas diferentes: podría materializarse como el clásico golpe de Estado militar, un 18 Brumario ruso, o bien

64- Yo usé por primera vez el término "segunda revolución" en *Stalin. Biografía política*, pp. 298 sigs., y he sido criticado por haberlo usado. *La colectivización y la industrialización, dicen los críticos, no constituyen una revolución. Pero si un cambio en las relaciones de propiedad como resultado de la expropiación, de un solo golpe, de más de veinte millones de pequeños terratenientes no es una revolución económica y social, ¿entonces qué lo es?*

65- Volvió, sin embargo, a exponerla y defenderla después de ser desterrado a Turquía, pero sólo para "revisarla" una vez más pocos años más tarde.

66- "Pismo Druziam" del 21 de octubre, en *The Trotsky Archives*.

podría tomar la forma del mando personal de Stalin. Trotsky consideraba probable que el ejército, apelando directamente al campesinado propietario y apoyado por este, intentara derrocar a Stalin y poner fin al régimen bolchevique en general. Para él era secundario cuál de los jefes del ejército se colocaría a la cabeza del movimiento: en condiciones favorables, aun mediocridades como Voroshilov o Budiony podrían tomar la iniciativa y alcanzar el éxito. (Trotsky citó un proverbio que, según dijo, era de los preferidos de Stalin: *Iz gryazi delayut Knyazia*: con cualquier basura puede hacerse un príncipe.) Las condiciones favorables para un golpe estaban dadas: el campesinado no sentía más que hostilidad frente al Partido encabezado por Stalin, y la clase obrera estaba descontenta y apática. Si llegara a establecerse una dictadura militar, ésta contaría con una amplia base. Sería contrarrevolucionaria en su carácter y en sus consecuencias. Trataría de garantizar la seguridad, la estabilidad y la expansión al sector privado de la economía. Desmantelaría o mutilaría al sector socialista y acarrearía la restauración del capitalismo. Enfrentados a tal peligro, concluía Trotsky, todos los bolcheviques deseosos de defender el socialismo tendrían que unirse; y la Oposición de izquierda tendría que cooperar con Stalin y su facción, porque éste no hablaba en nombre del propietario sino del "arribista proletario", y había evitado hasta entonces un rompimiento abierto con la clase obrera.

Era posible, por otra parte, que el propio Stalin se convirtiera en el Bonaparte soviético. Esto crearía una situación diferente para el país y para la Oposición. Stalin podría ejercer su mando personal sólo a través del aparato del Partido, no del ejército. Su dictadura no tendría inmediatamente las consecuencias contrarrevolucionarias que seguirían a un golpe militar. Pero tendría una base sumamente estrecha y sufriría de suma inestabilidad. Stalin se encontraría en conflicto crónico con todas las clases de la sociedad; trataría de someter ora a esta clase, ora a aquella, y de enfrentar a las unas contra las otras. Tendría que luchar constantemente a fin de mantener subordinado el aparato del Partido, la burocracia estatal y el ejército; y gobernaría con el incesante e inmitigable temor al desafío de cualquiera de ellos. Suprimiría toda actividad social y política espontánea y toda libertad de expresión. En tales condiciones, difícilmente habría lugar para cualquier "frente unido" entre la Oposición de izquierda y los stalinistas. Sólo habría lucha sin posibilidad alguna de conciliación.

En este contexto, Trotsky analizó sucintamente y con poderosa previsión el trasfondo social, la mecánica, la forma y la perspectiva del mando de Stalin tal cual éste habría de evolucionar durante los siguientes veinte años. Retrató anticipadamente al Secretario General transformado en el perfecto dictador totalitario. Después de hacerlo, sin embargo, él mismo vio el retrato con cierta incredulidad. Pensó que, después de pesar todos los factores, el peligro de una dictadura puramente militar era más real. Le pareció mucho más probable que Voroshílov, Budiony o algún otro general encabezara al ejército contra Stalin, y que los trotskistas y los stalinistas lucharan unidos "del mismo lado de la barricada". Y añadió que, a la larga, desde un punto de vista histórico,

importaría poco cuál de ellos, Stalin o Voroshílov, "montara el caballo blanco" y cuál de ellos mordiera el polvo. A corto plazo, sin embargo, la diferencia era importante: era la diferencia entre un triunfo abierto e inmediato de las fuerzas antisocialistas (bajo un dictador militar) y un desarrollo mucho más complejo, confuso y prolongado (bajo Stalin). A la larga, sostenía Trotsky, la dictadura de Stalin también sería perjudicial para el socialismo; y veía al *kulak* y al nuevo rico de la NEP triunfantes incluso al término del camino de Stalin. "El film de la revolución se mueve ahora hacia atrás, y el papel que desempeña Stalin en él es el de Kerensky al revés". El kerenskismo resumía la transición de Rusia del capitalismo al bolchevismo; y el stalinismo victorioso sólo podría marcar el viaje de regreso.

Resulta demasiado fácil advertir retrospectivamente las falacias de este razonamiento; y más fácil aún es dejar de advertir el núcleo de verdad que esas falacias contenían. El que Trotsky pudiera imaginarse a Voroshílov o a Budiony en el papel de Bonaparte debe parecer casi absurdo. Y, sin embargo, en cuanto analizador político. Trotsky tenía que considerar tanto las potencialidades como las realidades del momento; y la potencialidad de un golpe militar estaba presente. Aunque no se convirtió en realidad. cuando menos en los treinta años siguientes la amenaza acosó repetidamente primero a Stalin y después a sus sucesores. Recuérdense, si no. los conflictos de Stalin con Tujachevskv y otros generales en 1937 y con Zhukov en 1946, y el choque de Jruschov con Zhukov en 1957. Aquí Trotsky tocó una tendencia latente en la política soviética; pero evidentemente sobrestimó su fuerza. También sobrestimó la fuerza de lo que era. en la teoría marxista, el impulso social que animaba a esa tendencia: la determinación y la energía del campesinado para defender su propiedad, y su capacidad para hacer pesar sus intereses, a través del ejército, contra la ciudad. El propio Trotsky había escrito en 1906 que "la historia del capitalismo es la historia de la subordinación del campo a la ciudad"; y en este contexto había analizado la naturaleza amorfa y la tendencia política del campesinado ruso bajo el antiguo régimen.<sup>67</sup> Esa subordinación del campo a la ciudad caracteriza *a fortiori* la historia de la Unión Soviética. Los golpes de maza de Stalin estaban a punto de caer sobre la agricultura privada con terrible impacto y de aplastar al campesinado. Pero no podían impedir que los campesinos se resistieran a la colectivización. Esta resistencia, informe, dispersa y prolongada, habría de tener como resultado la ineficacia y el atraso crónicos de la agricultura colectivizada; pero no podía encauzarse hacia ninguna acción política efectiva en escala nacional. Y en la derrota del *muzhik* apegado a la propiedad residió el secreto del fracaso de los candidatos militares al puesto de Bonaparte soviético.

La impotencia y la mudez del campesinado eran parte integrante del letargo político de la sociedad posrevolucionaria en general; y esto constituía el trasfondo de la extraordinaria actividad y aparente omnipotencia de la burocracia gobernante. Trotsky se encaró una y otra vez con este aspecto de la situación, y una y otra vez su mente se apartó del

67- Véast; *El profeta armado*, pp. 151 sigs.

mismo. Krúpskaya hizo una vez el comentario, que probablemente le había escuchado a Lenin, de que Trotsky propendía a subestimar la apatía de las masas.”<sup>68</sup> En esto, Trotsky era fiel a sí mismo y a su carácter como revolucionario. El revolucionario se encuentra en su elemento cuando la sociedad está en acción, cuando despliega todas sus energías, y cuando todas las clases sociales luchan por sus aspiraciones con el máximo de vigor y *élan*. Entonces la percepción del revolucionario es más sensitiva, su comprensión más aguda y su visión más rápida y penetrante que nunca. Pero una vez que la sociedad sucumbe al letargo y sus diversas clases entran en estado de coma, el gran teórico revolucionario, trátase de Trotsky o del propio Marx, pierde una parte de su visión y su penetración. Esta situación de la sociedad es la más inconveniente para él, y le es imposible adaptarse intelectualmente a ella. De ahí los errores de juicio de Trotsky. Aun cuando tomó en cuenta, hasta el máximo, la fatiga posrevolucionaria de las masas, se abstuvo todavía de medir toda su profundidad. Pensando en el futuro, seguía viendo a todas las clases y grupos sociales -tanto los *kulaks* como los obreros y los jefes militares como los diversos agrupamientos bolcheviques- en acción y movimiento, en un estado de confianza en sí mismos y de animación, listos a abalanzarse los unos sobre los otros y a entablar sus titánicas batallas. Su pensamiento se desconcertó ante el espectáculo de los Titanes amodorrados e indolentes, a los que una burocracia podía domeñar y atar de pies y manos.

Debido a que en última instancia él identificaba el proceso de la revolución con la conciencia y la actividad social de las masas trabajadoras, la ausencia evidente de esa conciencia y esa actividad lo llevaron a concluir que, con el stalinismo victorioso, “el film de la revolución se movía hacia atrás”, y de que el papel de Stalin en éste era el de Kerensky al revés. Aquí también la falacia es obvia; pero su meollo de verdad no debe pasarse por alto. El film no se movía como habían esperado los precursores y los autores de la revolución: se movía parcialmente en una dirección distinta pero no hacia atrás. El papel de Stalin en él no era el de Kerensky al revés. El film sigue moviéndose, y tal vez todavía sea demasiado temprano para juzgarlo definitivamente. En teoría, aún es posible que termine en un revés para la revolución tan grave como el que sufrieron otras grandes revoluciones anteriores: la francesa y la inglesa. Pero esta posibilidad parece sumamente remota. Cuando Trotsky escribió que el film se movía hacia atrás, quiso decir que se movía hacia la restauración del capitalismo. En realidad se movía hacia la economía planificada, la expansión industrial y la educación en masa; y todo esto, a pesar de la deformación y la adulteración burocráticas, lo reconocía el propio Trotsky como prerrequisitos esenciales del socialismo, como el *sinc qua non* para el cumplimiento definitivo de la promesa de la revolución. Es obvio que los prerrequisitos no eran el cumplimiento; y la Unión Soviética de la década de los cincuentas tuvo bastantes razones para contemplar retrospectivamente el historial del stalinismo, o cuando menos algunas de sus facetas, con ojos dolorosamente desilusionados. Pero

---

68- N. Krúpskaya, “K. Voprorn ob Urokaj Oktiabria”, en *Za Leninism*, p. 155.

no vio al *kulak* y al nuevo rico de la NEP triunfantes al término del camino de Stalin.<sup>69</sup> ¿Fue el historial de Stalin un historial bonapartista? Trotsky no usó el término en el sentido generalmente aceptado que significa tan sólo “el gobierno de la espada” y el mando personal. La definición marxista más amplia del bonapartismo es la de una dictadura ejercida por el aparato estatal o la burocracia en general, de los cuales la autocracia militar es sólo una forma particular. Lo que, según la concepción marxista, es esencial en el bonapartismo es que el Estado o el Ejecutivo adquiere una independencia política respecto de todas las clases sociales y establece su supremacía absoluta sobre la sociedad. En este sentido el régimen de Stalin tuvo, por supuesto, mucho en común con el bonapartismo. Con todo, la ecuación sólo ofrece una clave muy general y vaga para entender el fenómeno en toda su complejidad y contradictoriedad. Stalin ejerció su mando no tanto a través de un aparato estatal “independiente” cuanto a través del aparato “independiente” del Partido, por medio del cual controló también al Estado. La diferencia fue de una gran importancia para el desarrollo de la revolución y del clima político de la Unión Soviética. El aparato del Partido se consideraba el único custodio e intérprete autorizado de la idea y la tradición bolcheviques. Su hegemonía significaba, por consiguiente, que la idea y la tradición bolcheviques seguían siendo, a través de todas las sucesivas reformulaciones pragmáticas y eclesiásticas, la idea gobernante y la tradición dominante en la Unión Soviética. Esto fue posible sólo porque la idea y la tradición estaban firmemente enraizadas en la estructura social de la Unión Soviética, primordialmente en la economía urbana nacionalizada. Si fuéramos a extraer de la Revolución Francesa cualquier paralelismo parcial con esta situación, tendría que ser un paralelismo imaginario: tendríamos que imaginar cómo habría sido la Francia revolucionaria si los termidorianos nunca hubiesen derrocado a Robespierre y si éste hubiese gobernado a Francia en nombre de un partido jacobino tullido y dócil, durante todos aquellos años que los historiadores describen ahora como las eras del Directorio, del Consulado y del Imperio: en una palabra, cómo habría sido Francia si ningún Napoleón hubiese pasado al primer plano y si la revolución hubiese consumado todo su desarrollo bajo la bandera del jacobinismo.<sup>70</sup>

Ya hemos visto que la hegemonía del aparato del Partido se había iniciado, en realidad, en la última fase de la era de Lenin. Había sido inherente al predominio del partido único, que el propio Lenin concibió esencialmente como el predominio de la Vieja

69- *Europa oriental (Hungría, Polonia y Alemania Oriental), sin embargo, se encontró casi al borde de la restauración burguesa al termino de la era de Stalin; y sólo la fuerza armada soviética (o su amenaza) la frustró allí.*

70- *Auguste Blanqui describió a Robespierre como un Napoleón avorté, mientras que Madame de Stael dijo acerca del Primer Cónsul: c'est un Robespierre à cheval. (Daniel Guérin en La lutte de classes sous la Première Ré publique, voi. II, pp. 301-304, dedica algunos pasajes interesantes a este asunto.) Sin embargo, el Robespierre à cheval tenía tras de sí fuerzas sociales diferentes de las que estaban detrás del jefe de los jacobinos: su sostén era el ejército, no la pequeña burguesía, y él no estaba constreñido por la ideología jacobina. De Robespierre dijo Michelet: "II eut le coeur moins roi que prctre". Napoleón fue sólo Rey, no Sacerdote. Stalin fue tanto Papa como César.*

Guardia bolchevique. El gobierno de Lenin en sus últimos años puede describirse, por consiguiente, conforme al uso que hace Trotsky de los términos, como bonapartista, aunque carecía del rasgo que constituía la verdadera consumación del bonapaitismo, o sea el mando persona!. Así, pues, cuando en 1928 Trotsky hablaba sobre el peligro bonapartista, veía una fase de desarrollo que se había cumplido en gran medida muchos años antes como si todavía perteneciera al futuro. Desde los días de Lenin el despotismo del aparato del Partido se había hecho, por supuesto, cada vez más agresivo y bruta). Pero el contenido específico de la tormentosa historia política de aquellos años, de 1921 a 1929, no consistió tanto ni tan sólo en esto cuanto en la transformación de la hegemonía de un solo partido en la de una sola facción. Ésta era la única forma en que podía sobrevivir y consolidarse el monopolio político del bolchevismo. En las páginas iniciales de este volumen descubrimos que el sistema unipartidista era una contradicción en sí misma. Las diversas facciones, grupos y escuelas del pensamiento bolcheviques formaban una especie de sistema multipartidista dentro del partido único. La lógica del sistema unipartidista exigía implícitamente que esas facciones, grupos y escuelas fueran eliminados. Stalin habló con la voz de esa lógica cuando declaró que el partido bolchevique debía ser monolítico o no sería bolchevique. (Hasta cierto punto, por supuesto, el partido dejaba de ser bolchevique en la medida en que se hacía monolítico.)

La lógica del sistema unipartidista tal vez no se habría impuesto tan vigorosamente como se impuso, quizá no se habría hecho tan despiadada como se hizo, o el sistema acaso habría sido destruido por el desarrollo de una democracia obrera, si toda la historia de la Unión Soviética, cercada y aislada en su pobreza y su atraso seculares, no hubiese sido una secuencia casi ininterrumpida de calamidades, emergencias y crisis que amenazaban la existencia misma de la nación. Casi cada una de las emergencias y las crisis colocaba todas las cuestiones importantes de la política nacional sobre el filo de un cuchillo, ponía en conflicto a las facciones y los grupos bolcheviques e impartía a sus luchas aquella indescriptible vehemencia e intensidad que condujo a la sustitución de la hegemonía del partido único por la de la facción única. En el punto a que ha llegado nuestro relato, en la confrontación entre los stalinistas y los bujarinistas, este proceso se acercaba a su término. Lo que aún era parte del futuro era la consumación cuasi-bonapartista: la sustitución, a principios de la década de los treinta, de la hegemonía del jefe único en lugar de la de la facción única. Fue esta consumación -la autocracia de Stalin- lo que Trotsky previó con claridad, independientemente de sus errores en otros aspectos.

Aun entonces, sin embargo, Trotsky no advirtió el ascenso del stalinismo como un resultado inevitable del monopolio bolchevique del poder. Por el contrario, lo vio como el fin virtual del gobierno bolchevique. Así, pues, mientras Stalin presentaba la hegemonía indivisa de su propia facción como la consecuencia y afirmación final del régimen del partido único, Trotsky la veía como su negación. En rigor de verdad,

el monopolio bolchevique del poder, tal cual lo habían establecido Lenin y Trotsky, encontraba en el monopolio de Stalin tanto su afirmación como su negación; y cada uno de los dos adversarios se refería ahora a un aspecto diferente del problema. Hemos seguido las transiciones a través de las cuales el régimen del partido único se convirtió en el régimen de la facción única, y a través de las cuales el leninismo cedió su lugar al stalinismo. Hemos visto que las cosas que habían estado implícitas en la fase inicial de esta evolución se hicieron explícitas y encontraron una expresión extrema o exagerada en la fase final. En este sentido Stalin se apegaba a las realidades cuando sostenía que, en la dirección de los asuntos del Partido, seguía la línea establecida por Lenin. Pero la enfática negación que Trotsky oponía a esto no estaba menos basada en realidades. La hegemonía de una sola facción era, indudablemente, un abuso tanto como una consecuencia de la hegemonía de un solo partido. Trotsky, y, siguiéndolo a él, un dirigente bolchevique tras otro, protestaron diciendo que cuando ellos establecieron, bajo Lenin, el monopolio bolchevique del poder, habían tenido el propósito de combinarlo con una democracia obrera; y que, lejos de imponer ninguna disciplina monolítica al propio Partido, habían dado por sentada la libertad interna del Partido y en efecto la habían garantizado. Sólo los ciegos y los sordos podían ignorar el contraste entre el stalinismo y el leninismo. El contraste se manifestaba en el terreno de las ideas y en el clima moral e intelectual del bolchevismo con más fuerza aún que en las cuestiones de organización y disciplina. En este aspecto, sí, ciertamente, el film de la revolución se movía hacia atrás, cuando menos en el sentido de que el stalinismo representaba una fusión del marxismo con todo lo que era primitivo y arcaicamente semiasiático en Rusia: con el analfabetismo y la barbarie del *muzhik* por una parte, y las tradiciones absolutistas de los antiguos grupos gobernantes por la otra. En oposición a esto, Trotsky postulaba el marxismo clásico sin adulterar, con todo su vigor intelectual y moral y también con toda su debilidad política, debilidad que era resultado de la propia incompatibilidad del marxismo clásico con el atraso ruso y de los fracasos del socialismo en Occidente. Al desterrar a Trotsky, Stalin desterraba a] marxismo clásico de Rusia.

Sin embargo, tales eran los paradójicos destinos de los dos rivales, que precisamente cuando Trotsky era expulsado de su país. Stalin acometía la tarea de extirpar, a su manera bárbara, aquel atraso y aquella barbarie rusos que había devuelto como un vómito, por decirlo así, el marxismo clásico: y la burocracia stalinista se disponía a poner en práctica el programa de acumulación primitiva socialista de Trotsky. Éste fue el auténtico inspirador e incitador de la segunda revolución, cuyo administrador práctico en la década siguiente habría de ser Stalin. Sería fútil especular cómo habría dirigido Trotsky esa revolución, si habría logrado llevar a cabo la industrialización de Rusia a un ritmo y en una escala comparables sin condenar a la masa del pueblo soviético a las privaciones, penurias y opresión que sufrió bajo Stalin, o si habría sido capaz de convencer en lugar de forzar al *muzhik* a aceptar la agricultura colectiva. No es posible hallar respuesta para tales interrogantes; y el historiador tiene ya suficiente trabajo analizando los acontecimientos y las situaciones que se produjeron

en la realidad como para que se proponga examinar además los acontecimientos y las situaciones que pudieron haberse producido. Tal como se desarrollaron realmente los acontecimientos, la evolución política de los años veinte predeterminó la forma en que hubo de consumarse la transformación de Rusia en la década de los treinta. Esa evolución condujo a la autocracia y a la disciplina monolítica y, en consecuencia, a la industrialización y la colectivización forzadas. Los instrumentos políticos que habrían de necesitarse para llevar a cabo la acumulación primitiva socialista se habían forjado en los años veinte, y ahora estaban listos para ser utilizados. No se habían forjado como parte de una preparación deliberada y consciente para la tarea venidera, sino más bien en el transcurso impremeditado de las luchas internas en el Partido a través de las cuales el monopolio bolchevique del poder se convirtió en el monopolio stalinista. Sin embargo, si la autocracia y la disciplina monolítica formaron, como diría un marxista, la superestructura política de la acumulación primitiva socialista, también obtuvieron de ella cierto grado de autojustificación. Los adeptos de Stalin podrían argumentar que, sin autocracia y sin disciplina monolítica, esa acumulación no habría podido llevarse a cabo en la escala en que se efectuó. Para decirlo en palabras sencillas, de las prolongadas contiendas entre las facciones bolcheviques emergió la "dirección firme" de Stalin que éste tal vez buscó por lo que ella representaba en sí misma. Una vez que la logró, la empleó para industrializar a la Unión Soviética, para colectivizar la agricultura y para transformar el carácter general de la nación; y posteriormente se refirió al uso que hacía de su "dirección firme" para justificarla.

Trotsky repudió las pretensiones justificativas de Stalin. Continuó denunciando a su adversario como un usurpador bonapartista. Hubo de reconocer los aspectos "positivos y progresistas" de la segunda revolución y hubo de verlos como la realización de ciertas partes de su propio programa. Él, como recordaremos, había comparado ya su destino y el de la Oposición con el de los comuneros de París, que aunque no alcanzaron el triunfo como revolucionarios proletarios en 1871, lograron sin embargo cerrarle el paso a una restauración monárquica. Ésa había sido su victoria en la derrota. Pero los comuneros no se resignaron a aceptar la Tercera República, la república *burguesa* que tal vez no habría vencido sin ellos. Siguieron siendo sus enemigos. De manera similar. Trotsky no habría de reconciliarse jamás con la segunda revolución *burocrática*; y contra ella habría de postular la autodeterminación de las clases trabajadoras en un Estado obrero y la libertad de pensamiento en el socialismo. Al asumir tal actitud estaba condenado a la soledad política, porque muchos de sus colaboradores más íntimos se dejaron cautivar o sobornar, en parte por frustración y fatiga y en parte por convicción, por la segunda revolución de Stalin. La Oposición en el exilio se hallaba al borde de la autoliquidación virtual.

¿Estaba Trotsky, pues, en conflicto con su tiempo? ¿Estaba librando una batalla perdida de antemano "contra la historia"? Nietzsche nos dice:

Si queréis una biografía, no busquéis una con el título de "Fulano y su tiempo", sino una que Heve en su portada la inscripción: "Un luchador contra su tiempo"... Si la <sup>71</sup> historia no fuera otra cosa que "un sistema de pasión y error que todo lo abarca", el hombre tendría que leerla como quería Goethe que se leyera el *Werther*, tal cual si la moraleja fuera: "Sé un hombre y *no* me sigas". Pero, afortunadamente, la historia también mantiene vivo para nosotros el recuerdo de los grandes 'luchadores contra la historia', es decir, contra la fuerza ciega de lo actual en su tiempo... y glorifica la verdadera naturaleza histórica en los hombres que prestaron poca atención al "Así es", a fin de poder seguir un "Así debe ser" con mayor alegría y orgullo. No arrastrar a su generación a la tumba, sino fundar otra nueva: ése es el móvil que los empuja constantemente hacia adelante...

Éstas son palabras excelentes pese al romanticismo subjetivista en que se fundan. Trotsky fue en verdad un "luchador contra su tiempo", aunque no en el sentido nietzscheano. Como marxista le preocupaba grandemente el "Así es" y estaba consciente de que el "Así debe ser" es la criatura del "Así es". Pero se negó a doblegarse ante "la fuerza ciega de lo actual en su tiempo" y a sacrificar el "Así debe ser" al "Así es".

No luchó contra su tiempo como el Quijote o el Superhombre nietzscheano, sino como luchan los precursores: no en nombre del pasado sino del futuro. Indudablemente, cuando escrutamos el rostro de cualquier gran precursor, podemos descubrir en él un rasgo quijotesco; pero el precursor no es un Quijote ni un utopista. Muy pocos hombres en la historia se han encontrado en tal victoriosa armonía con su tiempo como se encontró Trotsky en 1917 y después, así que no fue debido a ningún divorcio inherente respecto a las realidades de su generación lo que después lo hizo entrar en conflicto con su tiempo. El carácter y el temperamento del precursor lo llevaron al conflicto. Él había sido, en 1905, el precursor de 1917 y de los Soviets: no había ido a la zaga de nadie como jefe de los Soviets en 1917; había sido el propugnador de la economía planificada y la industrialización desde los primeros años veintes; y habría de seguir siendo el gran, aunque no infalible, heraldo de algún nuevo despertar futuro de los pueblos revolucionarios (el anhelo de trascender el stalinismo que se apoderó de la Unión Soviética entre 1935 y 1936 fue un importante indicador de ese nuevo despertar político; un indicador todavía débil, pero seguro). Trotsky luchó "contra la historia" en nombre de la propia historia; y contra los hechos consumados de ésta, que con excesiva frecuencia eran hechos de opresión, esgrimió los mejores logros, los logros liberadores, de que la historia sería capaz algún día.

A principios de diciembre Trotsky protestó ante Kalinin y Menzhinsky por el "bloqueo postal" a que estaba sometido. Aguardó la respuesta durante dos semanas. El 16 de diciembre un alto funcionario de la GPU llegó de Moscú y le presentó un "ultimátum": o Trotsky cesaba de inmediato su "actividad contrarrevolucionaria" o sería "aislado

71- *The Trotsky Archives*

completamente de la vida política" y "obligado a cambiar su lugar de residencia". El mismo día Trotsky replicó con una carta desafiante dirigida a los jefes del Partido y de la Internacional:

Exigirme que renuncie a mi actividad política es exigirme que abjure de la lucha que he venido librando en defensa de la clase obrera internacional. una lucha en la que he estado empeñado durante treinta y dos años, durante toda mi vida consciente... Solamente una burocracia corrompida hasta la médula puede exigir tal renuncia. Sólo los renegados despreciables pueden hacer tal promesa, ¡No tengo nada que añadir a estas palabras!<sup>72</sup>

Un mes de insomne expectativa transcurrió en Alma Ata. El emisario de la GPU no regresó a Moscú, sino que permaneció en Alma Ata en espera de nuevas órdenes. Éstas aún dependían de la decisión del Politburó, y el Politburó todavía no se decidía. Cuando Stalin lo instó a que aprobara la orden de expulsión, Bujarin, Ríkov y Tomsy se opusieron con vehemencia; y Bujarin arrepentido de lo que le había hecho a Trotsky y cada vez más temeroso del "nuevo Genghis Kan", gritó, lloró y sollozó en la sesión. Pero la mayoría votó como Stalin deseaba que votaran; y el 20 de enero de 1929 -hacía ya un año completo que Trotsky había sido deportado de Moscú- guardias armados rodearon y ocuparon la casa en Alma Ata, y el funcionario de la GPU le presentó a Trotsky la nueva orden de deportación, esta vez "de todo el territorio de la URSS". "La decisión de la GPU", escribió Trotsky en el recibo del documento, "criminal en su contenido e ilegal en su forma, me fue comunicada el 20 de enero de 1929".<sup>73</sup>

Una vez más se produjeron escenas tragicómicas similares a las que habían tenido lugar en ocasión de su arresto en Moscú. Sus carceleros cumplieron las órdenes que habían recibido como si se tratara de una encomienda embarazosa, y se acercaron a su víctima con una especie de sobrecogimiento. Preocupados porque no sabían adonde habrían de llevar a Trotsky pidieron instrucciones acerca de su familia y le demostraron furtivamente al detenido su solicitud y su actitud amistosa. Pero las órdenes que habían recibido eran severas: debían desarmar a Trotsky. sacarlo de la ciudad en el término de veinticuatro horas e informarle que sólo en el trayecto recibiría un mensaje indicándole adonde sería deportado.

Al amanecer del 22 de enero el prisionero, su familia y una fuerte escolta salieron por carretera de Alma Ata en dirección a Frunze, a través del desierto montañoso y del paso de Kurday. El año anterior habían recorrido la misma carretera bajo una tormenta de nieve. El nuevo viaje fue mucho peor. Aquel fue un invierno memorable por su crudeza, tal vez el invierno más cruel de los últimos cien años. "El potente tractor que había de sacarnos del trance, se hundía hasta el cuello en la nieve, con los siete automóviles que

---

72- *Ibid.*

73- *Mi vida, tomo II, p. 467.*

tenía que arrastrar. Durante la tormenta se quedaron helados siete hombres... y un buen golpe de caballos. Tuvimos que transbordar a varios trineos y empleamos más de siete horas en recorrer unos treinta kilómetros".<sup>74</sup>

En Frunze, Trotsky y su familia abordaron un tren especial con destino a la Rusia europea. Mientras viajaban llegó un mensaje en el que se informaba a Trotsky que sería deportado a Constantinopla. Éste protestó inmediatamente ante Moscú. El gobierno, declaró, no tenía derecho a desterrarlo al extranjero sin su consentimiento. Constantinopla había sido un centro de reconcentración de los remanentes del ejército de Wrangel que habían llegado allí desde Crimea. ¿Se atrevía el Politburó a exponerlo a la venganza de los guardias blancos? ¿No podía conseguirle cuando menos un visado de entrada en Alemania u otro país? Solicitó que se le permitiera ver a los miembros de su familia que vivían en Moscú. Esta petición fue atendida: Sergci y la esposa de Liova fueron traídos desde Moscú y se reunieron con los deportados en el tren. Una vez más Trotsky se negó a continuar viaje hacia Constantinopla.

El representante de la GPU, que lo acompañaba en el viaje, transmitió sus protestas y esperó instrucciones. Mientras tanto, el tren fue desviado de su ruta y detenido en "una vía muerta, junto a una pequeña estación solitaria, donde muere entre dos traviesas". Así pasan varios días, uno tras otro. Los montones de latas vacías de conserva en torno al tren van en aumento. Los cuervos y los grajos vienen en bandadas a revolver en ellas, buscando botín. Soledad. Desolación. Por aquí no hay liebres: el otoño pasado hubo una epidemia que las exterminó. Pero, en cambio, se ve el rastro fresco de un zorro, que llega hasta muy cerca del tren. La máquina sale todos los días, con un coche camino de una estación grande a buscar la comida y los periódicos, En nuestro coche se ha desatado una epidemia de gripe. No hacemos más que leer a Anatole France y la *Historia de Rusia*, de Kliuchevsky... El frío desciende hasta 38 grados Réamur (bajo cero), y la locomotora tiene que ponerse a pasear por los rieles para no helarse. . . ni nosotros mismos sabemos dónde estamos.<sup>75</sup>

Así pasaron doce días con sus noches, durante los cuales a nadie se le permitió salir del tren. Los periódicos traían los únicos ecos del mundo: estaban llenos de las más violentas y amenazadoras invectivas contra el trotskismo y de informes sobre el descubrimiento de un nuevo "centro trotskista" y detenciones de centenares de opositores.**75**

Al cabo de doce días se reanudó el viaje. El tren avanzó a toda máquina en dirección al sur, a través de conocidas estepas ucranianas. Dado que el gobierno alemán se había negado, según alegaba Moscú, a conceder a Trotsky un visado de entrada, era

74- *Mi vida, tomo II. pp. 468-469.*

75- *Entre los encarcelados figuraban Voronsky. director de Krasnaya Non, Budu Mdivani y varios de los bolcheviques georgianos que se habían opuesto a Stalin desde 1921, y 140 opositores de Moscú que habían hecho circular la "Carta a los Amigos" de Trotsky antes mencionada.*

a Constantinopla, al fin y al cabo, adonde habrían de enviarlo. Sergei, deseoso de continuar sus estudios, y la esposa de Liova regresaron a Moscú, abrigando la esperanza de que la familia pudiera reunirse pronto en el extranjero. Sus padres los abrazaron con malos presentimientos: pero, inciertos como se sentían sobre su propio futuro, no se atrevieron a pedirles que compartieran con ellos el exilio. Nunca habrían de volver a verlos.

Desde este tren, a través de la oscuridad de la noche, Trotsky vio por última vez a Rusia. El tren recorrió las calles y el puerto de Odesa, la ciudad de su infancia y de sus primeras ambiciones y sueños del mundo. En sus recuerdos siempre se había mantenido viva la figura de aquel viejo gobernador de Odesa que había ejercido "un poder sin límites con un temperamento desenfrenado" y que "erguía tan alto como era en su coche, maldiciendo a diestro y siniestro con voz tonante y amenazando con el puño". Otra voz tonante y otro puño amenazador -¿o era el mismo?- perseguía ahora al hombre de cincuenta años por las calles de su infancia. Una vez el espectáculo del sátrapa lo había sobrecogido, haciéndolo "ajustar las correas de la mochila y apresurar el paso" para regresar a su casa. Ahora el tren-prisión apresuró su marcha para llegar al puerto, donde él habría de abordar un barco que lo llevaría rumbo a lo desconocido; y él sólo pudo reflexionar sobre lo incongruente de su destino. El muelle estaba acordonado por tropas que sólo cuatro años antes habían estado bajo sus órdenes. Como para curiarse de él, el barco sin carga y sin pasaje que lo aguardaba ostentaba el patronímico de Lenin: *Ilych*. Éste salió de la bahía precipitadamente, hacia la una de la mañana y en medio de una tormenta. Aun el Mar Negro se había congelado ese año, y un rompehielos tuvo que abrirle paso al barco hasta unas sesenta millas mar afuera. Mientras el *Ilych* levaba anclas y Trotsky volvía su mirada hacia la costa que se alejaba, debe de haber sentido que todo el país que quedaba atrás se había convertido en un desierto helado y que la revolución misma se había congelado.

No había poder sobre la tierra, no había ningún rompehielos humano que pudiera abrirle un camino de regreso.